

La oración matrimonial y familiar. Una experiencia de retorno a la Casa del Padre¹

Pbro. Mg. Juan Francisco Lazzaro López
Colegio FASTA Madre Sacramento (España)

RESUMEN

El estudio que presento pretende mostrar la oración como un camino de retorno y encuentro con Dios Padre. Para ello, el trabajo profundiza en la riqueza de la vida de oración donde se realiza el diálogo sobrenatural y donde se constituye la familia como “iglesia doméstica”. De este modo se hará presente el Reino de Dios en el hogar cristiano hasta llegar definitivamente al encuentro final con el Creador, en la Morada de la Vida Eterna. En definitiva, se trata de presentar a Dios como origen y fin de la vida del hombre, cuya dinámica relacional encuentra en la oración un camino privilegiado.

PALABRAS CLAVES: matrimonio – familia – oración – “Iglesia domestica”

ABSTRACT

This paper aims to show prayer as a way back and encounter with God. Thanks to the prayer a supernatural dialogue is done and family is formed as “domestic church”. This will present the Kingdom of God in the Christian home until finally the final encounter with the Creator, the Home of Eternal Life. In short, it is to present God as the origin and purpose of human life, whose relational dynamics find in the prayer a privileged way of holiness.

KEY WORDS: marriage – family – pray – “domestic church”

¹ Este artículo es un extracto de la tesina final presentada por el autor en el marco del Máster sobre estudios del Matrimonio y la Familia, del Pontificio Instituto Juan Pablo II (8 de septiembre de 2012).

Introducción

Me encomiendo a Dios para comenzar este trabajo de investigación. En él, quiero ahondar en la verdad del amor que se experimenta en los seres humanos, en cuanto a la espiritualidad del matrimonio y la familia que constituyen.

Para este amor, sabemos que hay un plan de salvación dinámico en la creación. Éste parte de Dios, se manifiesta gloriosamente en el hombre y a Él retorna por medio de la gracia y la alabanza cultural; respondiendo así a la *vocación originaria al amor*.

De este modo, reflexionando sobre la revelación de Dios, la tradición de la Iglesia y su Magisterio, la Sagrada Escritura, el pensamiento del beato Juan Pablo II y la experiencia humana, elaboro este trabajo. Lo hago queriendo ser fiel a la razón de ser del “Pontificio Instituto Juan Pablo II” expresado en *Identidad, misión, proyecto 2007*: “El fin último de la investigación del Instituto que lo identifica, por tanto, el objetivo específico capaz de dar unidad a toda la enseñanza es la profundización del *plan divino sobre el matrimonio y la familia*” (Melina 2007: 34).

Esta profundización del “plan divino sobre el matrimonio y la familia” estará basada en la oración, como una elevación a Dios desde la concepción de una *antropología adecuada*. De este modo, intentaré así responder a la petición del Santo Padre y de la Iglesia cuando nos piden hacer “oración en familia”. A raíz de este trabajo presentaré una propuesta concreta de “oración matrimonial y familiar”.

Esta investigación y reflexión sobre el tema es fruto de la experiencia de cómo el Espíritu Santo ha actuado por medio de la oración en el hogar de diversas familias amigas con las que he orado junto a ellas.

Además, es una vivencia que estuvo muy especialmente presente en mi propia familia cuando era niño, junto con mis padres Francisco y Mirtha y mis cuatro hermanos. Así también me han ayudado al discernimiento la experiencia de los *Oratorios de niños pequeños* y la *Lectio Divina* con jóvenes y adultos. Quiero también agradecer la tutoría realizada por D. Dr. Vicente Fontestad Pastor por la guía y ayuda prestada para esta investigación.

El contenido de estas páginas será el recorrido de un camino espiritual a través de la oración experimentada por los esposos y sus hijos.

El itinerario del trabajo comenzará en Dios como Creador del hombre en su *unidad dual*. El ser humano, por haber pecado, deberá seguir un camino de retorno a Dios a través de la oración dialogal por medio de Jesucristo.

Esta experiencia de la oración cultural se hará realidad en el matrimonio y la familia. Así, podrá hacer presente el Reino de Dios hasta llegar definitivamente al encuentro final con el Creador, en la Morada eterna.

Espero que muchos matrimonios y familias cristianas oren diariamente, como un espacio privilegiado para transmitir la fe. En estos tiempos donde la familia es atacada en su esencia por el secularismo relativista, individualista y agresivo, se hace más necesarios estos espacios de salvación y de la presencia de Dios.

Muchos que hoy son abuelos, mientras ejercían su paternidad, no pudieron transmitir la fe a sus hijos. Tenían una firme vida de piedad pero sus hijos se hicieron adultos y no acogieron la Palabra de Dios. Quiero hacer un aporte para ayudar a los padres de hoy a

transmitir la fe. Esto motiva también la presentación de este trabajo.

Es cierto que este escrito está pensando en matrimonios que viven la fe o tengan una convencida intención de vivirla. Por otra lado, para aquellos que se inician en la espiritualidad conyugal y familiar, habría que ahondar en otros puntos que no se tratan aquí, aunque muchos de los capítulos y temas presentados les pueden venir muy bien para aplicarlos a sus vidas. En cualquier caso, es en la familia donde se moldea la vida virtuosa del hombre para que llegue a la perfección como ser humano.

La familia es *el santuario de la vida y la esperanza de la sociedad*;² hagamos pues de ella una verdadera “iglesia doméstica” que experimente el retorno a la Casa del Padre, al Reino Celestial. De este modo, las familias, podrán vivir el Misterio Pascual de Cristo en sus hogares, para poder celebrarlo plenamente en la Santa Misa y así, la Eucaristía, pase a ser la verdadera y perfecta “oración familiar” junto con todo el Pueblo de Dios.

Dios uno y trino, creador del hombre

Dios, uno y trino, en relación de amor

Comenzamos nuestro tema fijando la mirada en Dios, origen de toda verdad y todo bien, para poder desde Él realizar nuestro recorrido.

Dios es el principio y el fin, en Él todo se inicia y a Él todo se ordena. “Yo soy el alfa y el omega” (Ap 1,8). Es el creador mismo que manifiesta su amor eterno a la creación, quien hace que todas las creaturas tornen hacia Él, para mayor gloria suya y felicidad de las mismas. “De Él y por Él y para Él son todas las cosas”. (Rm 11,36).

Este Dios es uno en naturaleza y trino en personas. Ahora bien, la razón de unidad en estas tres personas divinas es el amor. Ese mismo principio unitivo que hacen que tres personas tengan una misma naturaleza, es el que hace que opere creacionalmente, que en su entendimiento y voluntad se produzca ese acto *in fieri* de contemplar lo creado y sostenerlo en el ser.

El hombre, imagen del amor del Creador

Este misterio revelador de la vocación de santidad del ser humano está impregnado en su misma palabra creacional cuando le confiere el ser al hombre (Cfr. Gn 1,26-28).

Un deseo divino para el hombre y la familia que a éste se le confía como cooperador del creador, por llevar en él la semilla de la fecundidad. Por eso dice el Concilio Vaticano II:

Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo de uno todo el linaje humano y para poblar toda la haz de la tierra (Hch 17,26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo (GS 24).

2 Cfr. Instrucción pastoral de la C. E. E., *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, Madrid, 2002.

Pero es el hombre mismo que, con un afecto desordenado por el pecado original, busca otros principios vitales para darle consistencia a su existir, creando en su vida ideas subjetivas de ídolos a su medida. Es por esto que Dios Padre, desde su omnipotencia y misericordia, buscó constantemente a sus hijos para que regresaran a la fuente del amor, para que algún día, “en el Día del Señor”, moren en la mansión eterna, para que regresen a Él. En este sentido nos continúa diciendo el Santo Padre:

« Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno » (Dt 6, 4). Existe un solo Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra y, por tanto, también es el Dios de todos los hombres. En esta puntualización hay dos elementos singulares: que realmente todos los otros dioses no son Dios y que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es creación suya (DC, 9).

También encontramos la revelación del mandato de amar cuando en el Evangelio de San Marcos le pregunta a Jesucristo cuál es principal mandamiento (Cfr. Mc 12, 28-34). Llevar a la plenitud la imagen de Dios en su vida, es una manifestación de la gloria que el hombre da a su Creador.

El hombre es creado para la mayor gloria de Dios

Hemos comenzado hablando de la unidad y trinidad de Dios, de su razón creadora y de la tensión humana a volver al origen. Vemos ahora cómo esta creación en el amor es para su glorificación. Así lo profesa nuestra fe:

El mundo ha sido creado para gloria de Dios (de fe). El fin objetivo de la creación (*finis operis*), el fin que radica en la misma obra creada, es primariamente la manifestación de las perfecciones divinas con la subsiguiente glorificación de Dios. El fin secundario de la creación es colmar de beneficios a las criaturas y, sobre todo, hacer felices a las criaturas racionales. El Concilio Vaticano nos enseña que Dios creó el mundo “para manifestar su perfección” (fin primario) “por los bienes que distribuye entre las criaturas” (fin secundario) (Ott 1969: 144).

Este modo de amor a Dios, lo vivieron José y María en su amor conyugal, haciendo de ello un acto cultural de glorificación a Dios. Leemos en H. Caffarel: “Son cautivos de Dios; ya no disponen de sí mismos ni buscan sus propios intereses, sino la gloria del Señor: el móvil de todos sus actos es el complacer a Aquel a quien pertenecen” (Caffarel 1993: 196).

Esta glorificación de su perfección es posible hacerla como creaturas que somos “por los bienes que distribuye” para asemejarse cada día más a Él y, el mayor “bien” que distribuye, es haber impreso su *divino rostro* en el rostro humano de la creatura.

El principio de la unión dual, la comunión del varón y la mujer

Dios creó al hombre, varón y mujer, lo creó. Este acto creacional desde un origen de comunión trinitaria, constituye al hombre para la comunión personal. El misterio de la comunión dual está presente en el *principio*.

Juan Pablo II nos habla de un modo de vida que se instaura en el vivir con y para el otro, reproduciendo la imagen perfecta que llevan grabada en su interior. “A la luz del Nuevo Testamento es posible descubrir que *el modelo originario de la familia hay que buscarlo en Dios mismo*, en el misterio trinitario de su vida. El «Nosotros» divino constituye el modelo eterno del «nosotros» humano; ante todo, de aquel «nosotros» que

está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina”. (Carta a las familias, 6).

La semejanza que debe buscar el hombre en la *Imago Dei* la encontrará en la “comunidad de personas” que es el fundamento de la imagen de Dios y que confiere la felicidad al hombre.

El recorrido dogmático y teológico en el que se relaciona la Santísima Trinidad con la unión esponsal lo encontramos en la obra *Amar el amor humano* cuando se afirma:

La *Exhortación apostólica Familiaris Consortio* nos lo dice con claridad en su exposición cuando dice: “Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándolo a la existencia por el amor, lo ha llamado al mismo tiempo al amor”. (11).

Es una vocación originaria al amor que está presente desde el primer anuncio creador, un anuncio a ser algo nuevo y llamado a serlo en el amor. Una vocación de amor que no puede encerrarse en sí mismo, por eso el hombre no ha sido creado solitario sino como varón y mujer.

De este modo el hombre está reproduciendo en su ser la imagen de Dios: “El hombre ha llegado a ser imagen y semejanza de Dios no solamente a través de la propia humanidad, sino también a través de la comunidad de personas, que el hombre y la mujer forman desde el inicio” (Juan Pablo II 2000: 99).

Constituyendo una comunidad de personas

El beato Juan Pablo II se encargará de acuñar definitivamente esta expresión de *communio personarum* en la doctrina eclesial:

En el relato bíblico, la soledad, es el camino que lleva a esa unidad que, siguiendo el Vaticano II, podemos definir como *communio personarum*. Como ya hemos constatado anteriormente, el hombre, en su soledad originaria, adquiere una conciencia personal en el proceso de “distinción” de todos los seres vivientes (*animalia*), y al mismo tiempo, en esta soledad se abre hacia un ser afín a él y que el Génesis (2,18 y 20) define como “ayuda similar a él” (...) *Communio* dice más y con mayor precisión, ya que indica precisamente *aquella ayuda que deriva, en cierto sentido, del hecho mismo de existir como persona “junto a” una persona* (Juan Pablo II 2000: 98).

En este sentido existencial y revelador del hombre nos habla la teología bíblica. Si nos detenemos es una lectura reflexiva de los primeros capítulos del Génesis, podemos asombrarnos ante la existencia del hombre entero, el hombre completo, el hombre definitivo y verdadero; en que vemos a “uno” pero no está “solo”, vemos a “uno” que se distingue en dos por su sexualidad, sin confundirse entre ambos porque mantienen su identidad substancial en el existir pero que deciden vivir la unidad por decisión libre, es decir, verdadera. En las catequesis del Beato encontramos esta explicación:

El relato de la creación del hombre en el capítulo primero afirma desde el inicio y directamente que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, en cuanto varón y hembra. El relato del capítulo segundo, en cambio, no habla de “imagen de Dios”; pero revela, según su propio modo, que la completa y definitiva creación del “hombre” (sometido en un primer momento a la soledad originaria) se expresa en el dar vida a esa *communio personarum* que el varón y la mujer forman (Juan Pablo II 2000: 99).

Según el pensamiento de Karol Wojtila a lo largo de sus escritos, la comunidad de personas establece el fundamento de la unión matrimonial.

De esta unión conyugal se derivan tres características esenciales que están presentes en el matrimonio como son: la unidad, la indisolubilidad y la apertura a la vida (Casanova 2011: 124).

La unidad los dos como reflejo análogo de la unidad de los tres

La unidad en Dios se da en un mismo Espíritu, que es entregado y recibido, que proviene de la unión del Padre y del Hijo. Así también, la unidad de los esposos, que son criaturas humanas, no es esencialmente carnal; la carnalidad es la materialidad de la unidad conyugal.

Dios en sí mismo es amor, y este hecho puede ser reflejado por el amor mismo que existe entre las criaturas. Claro está, un amor exclusivo, libre y para siempre, porque de este modo está siendo una imagen verdadera de Dios, en cuanto comunión de personas. Así nos lo enseña el beato Juan Pablo II:

El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios no significa solamente que cada uno de ellos individualmente es semejante a Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como «unidad de los dos» en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina (*Mulieris dignitatem*, 7).

La unidad de Dios en sus tres personas se hace presente por una relación análoga en la familia cristiana, en cada familia constituida por el sacramento del matrimonio, signo de la divina presencia trinitaria. Se basa en un amor familiar en diálogo con Dios.

Finalmente sostenemos lo que la Iglesia nos enseña en su Catecismo: “La imagen divina, resplandece en la comunión de las personas a semejanza de la unión de las personas divinas entre sí” (CATIC 1702). Así es como podemos decir que las relaciones interpersonales de la familia son reflejo de la comunidad intratrinitaria de Dios.

El pecado como la ruptura dialogal con Dios y el prójimo

El pecado original como ruptura de la relación con Dios y con la familia

El ser humano ha sido creado por Dios para su gloria teniendo a su vez una experiencia de encuentro con Él por el amor. Esta llamada a dialogar con Dios queda despreciada por el hombre cuando ha querido ser como Dios, con una autonomía que lo autoexcluye del encuentro de amistad con su Creador (Cfr. Ruiz de la Peña 1988).

Por eso cuando Dios se pasea por el jardín, el hombre y su mujer se ocultaron de su vista (cfr. Gn 3,8) porque se había quebrado la relación de amor a causa del pecado. Nos dice el Papa Benedicto XVI:

El hombre es relación y tiene su vida, a sí mismo, sólo como relación. Yo solo no soy nada, sólo en el Tú y para el Tú soy Yo-mismo. Verdadero hombre significa: estar en la relación del amor, del por y del para. Y pecado significa estorbar la relación o destruirla. El pecado es la negación de la relación porque quiere convertir a los hombres en Dios. El pecado es pérdida de la relación, interrupción de la relación, y por eso ésta no se encuentra únicamente encerrada en el Yo particular (2005a: 99).

El hombre pierde su condición de ser amigo de Dios; en cierto modo es, enemigo del Creador, del prójimo y de sí mismo. Se ha corrompido la cualidad relacional y dialogal que lo unía a Dios y al resto de la creación.

En Gn 2,16 vemos cómo el hombre puede ejercer su libertad comiendo de todos los árboles del jardín, excepto de aquel que lo llevaría a la muerte. Entra entonces la sospecha. El hombre pasa de la confianza a la desconfianza; se denuncia la obediencia a la Alianza como aquello que nos separa de las auténticas promesas de la vida (Cf. Ratzinger 2005a: 93).

Esta sospecha de Dios hace que el hombre busque una pretendida nueva sabiduría. Es así como la serpiente se presenta como el símbolo de esa sabiduría que domina el mundo, una sabiduría basada en la mentira (Cf. Ratzinger 2005a: 92). Esa falsedad de la verdad genera la sospecha de la misma bondad divina: “¿Cómo os ha dicho Dios que no comáis de ninguno de los árboles del jardín?” (Gn. 3,1). Dios no prohibió al hombre comer de todos los árboles del jardín, sino sólo de uno, marcando así el límite de la creatura. Lo que en el *principio* existe es la sobreabundancia de la benevolencia divina, porque “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Rm 5,20).

Quebrantamiento del diálogo con Dios

Con el pecado original se ha empobrecido el diálogo con Dios. Desde el mismo hecho de la creación se establece el diálogo de Dios con las creaturas. Dios creaba con el Logos y la creación respondía con su bondad ontológica. El Creador entra en diálogo con el hombre para conferirle la felicidad, una comunión en amistad y libertad. La Constitución dogmática *Dei Verbum* reconoce: “Dios invisible, movido por amor, hablan con los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía” (DV 2).

En el primer capítulo del Evangelio de San Juan, vemos cómo este Verbo de Dios por quien “se hizo todo”, y se “hizo carne”, existía “desde el *principio*”. Es decir, el diálogo establecido desde el origen del Creador con la creatura se establece desde la misma Palabra de Dios, desde la verdadera Sabiduría de Dios. El Logos siempre estuvo presente en Dios (cfr. Jn 1,1).

La Palabra hecha carne restablece el diálogo con Dios

El pecado de soberbia que movió al varón y la mujer a rechazar al Creador, se ve sanado por la venida del Mesías y la gracia redentora de su Pascua.

El diálogo que se había quebrado fue restablecido, a su modo, en el Antiguo Testamento y cobra toda su fuerza y plenitud con la presencia del Verbo de Dios. “Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros”. (Jn 1,14).

Este nuevo Adán sí es “como Dios” en oposición al primer Adán, porque Jesús proviene del Padre y tiene la misma esencia divina. El camino que recorre el Señor es contrario al de Adán que quiso “ser como Dios”. Jesucristo, con su verdadera divinidad, no siguió el camino de la autonomía y la omnipotencia de su Ser Supremo que le confiere la infinitud de su capacidad. Recorre un camino contrario, el camino de la obediencia y la dependencia haciéndose siervo de Dios. La Palabra encarnada desciende por amor para devolver la verdad y la vida al hombre, sin hacer uso del imperio de la fuerza que someta al hombre a la sumisión (Cf. Ratzinger 2005a: 102).

A través de esta cruz el hombre recupera su libertad, su capacidad de amar y recibir la verdadera Vida sin fin que había perdido.

Por eso, el retorno a la Casa del Padre, al Paraíso perdido, será también por medio de un acto de culto a Dios. Regresaremos por una oblación al Padre a través de Jesucristo, mediador de la nueva Alianza (cfr. 1Tm5 y Hb 8,6). Él es el Sumo Sacerdote y a la vez, es el Cordero inmolado para nuestra salvación: “Y penetró en el santuario una vez para siempre, no presentando sangre de machos cabríos ni de novillos, sino su propia sangre. De este modo consiguió la liberación definitiva”. (Hb 9,12).

Esta Cruz redentora por la sangre derramada de Cristo se hace presente en el memorial eucarístico: “Esto significa que la Eucaristía nunca podrá ser una simple purificación comunitaria. Recibirla, comer el árbol de la vida, significa, por eso, recibir al Señor crucificado, es decir, aceptar su forma de vida, su obediencia, su Sí, la medida de nuestro ser criaturas” (Cf. Ratzinger 2005a: 103). De este modo, la libre “dependencia” que hace el Ungido, nos vuelve a instaurar en la Verdad de los que somos y en la verdad de la relación con el Creador y las creaturas, por medio del amor.

La dificultad del diálogo orante en una sociedad secularizada

El pecado ha sido destruido por la victoria de Cristo en la cruz, pero muchas veces los hombres no han querido recibir la gracia de salvación que nos trae el Señor.

Ahora bien, como el pecado engendra pecado, todos los pecados de la historia dependen unos de otros, por lo que hablamos de un pecado original (Cfr. Ruiz de la Peña 1983). Éste corroe la interdependencia de las relaciones del ser humano, porque ha entrado la sospecha del bien y la verdad en sus conciencias.

Esta sospecha sobre lo que Dios es, sumamente bueno y eternamente verdadero, hace que el hombre contemporáneo viva como si Dios no existiera, tanto en el aspecto religioso como en el moral.

El quebrantamiento metafísico y religioso lo podemos ubicar históricamente desde la reforma y el iluminismo, que originó una civilización sin cultura; la civilización de la secularización.³ Se reemplazó el reinado del verdadero Dios por el imperio de la “diosa razón”.

Con la filosofía subjetivista de Kant y Hegel, la razón humana se ve impedida de conocer la verdad de la realidad y cae en un nihilismo metafísico y en un paganismo desesperanzado.

No significa que se niegue el ser religioso del hombre, sino que la secularización se encargará de oprimirla para que quede relegada al ámbito de lo privado. Así nos lo señala A. Fosbery: “Lo religioso de suyo, no se niega. Se afirma con la virulencia que da la certeza subjetiva de lo emocional, aunque, como tal, no tendrá capacidad para generar una cultura, encerrando en la individualidad subjetiva de la libre interpretación” (Fosbery 1999: 416).

3 Es cierto que existe una secularización en sentido “positivo”, en cuanto que establece una distinción entre los espacios sagrados y temporales, propio del “seglar”, como nos lo enseñó el concilio Vaticano II: “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos.” (LG, 31); pero esto no quita que en la sociedad actual, ideológicamente secularizada, sea una grave dificultad que el hombre entre en la dinámica del diálogo con el Creador.

De este modo, una religión que queda en la esfera de lo privado, no podrá generar cultura porque no podrá incidir en la sociedad y en la persona misma. El culto del hombre a Dios no es agradable para el mundo, y por eso el demonio se encargará de quebrar esa relación de trascendencia con la sospecha de la verdad, como lo hizo con Adán y Eva.

La sociedad, queriendo permanecer en una actitud neutra ante el pluralismo ideológico que conlleva la secularización del hombre, se organiza con autonomía al margen de toda religión, relegando lo sagrado a la subjetividad de las conciencias individuales. De este modo, el hombre no reconoce su condición de creatura rechazando su limitación y su vinculación hacia lo divino (Cf. Fosbery 1999: 417).

Es así como toda trascendencia del hombre y la familia cristiana queda relegada a al ámbito de la subjetividad. La ideología del hombre, que comenzara con la ideología de la mentira original, hace que no pueda dialogar con Dios para descubrir su filiación.

Su identidad la buscará en el mundo, como hijo de este siglo, y el mundo le prometerá un fruto apetitoso de poderío e inmortalidad. El mensaje es que se puede vivir sin Dios y es mejor vivir así. Nos lo explica A. Fosbery afirmando:

La ideología ocupará el lugar que en la cultura católica tenía la revelación de Dios. La religión de la naturaleza, con su secuela de naturalismo, afirmará la realidad del mundo desde él mismo y generará un inmanentismo intra-mundano excluyente de toda referencia a Dios, es decir, identificado con el ateísmo (Fosbery 1999: 432).

Y ¿cuáles son las consecuencias morales de este inmanentismo propio de la secularización? Sin duda, uno de las características que priman es el “relativismo”, que tantas veces denunciarían Juan Pablo II (Cfr. *Familiaris Consortio*, 11) y Benedicto XVI (Benedicto XVI 2010: 63).

Es por este subjetivismo relativista que la institución matrimonial y familiar queda profundamente herida.⁴ La Iglesia en España nos llama la atención al respecto:

El relativismo se acrecienta si la determinación de la verdad y de la bondad de los resultados que se buscan se confía a las instancias del poder o las decisiones de los particulares –mayorías o minorías–, y no se fundamenta en la naturaleza de las cosas. La consecuencia es una sociedad adormecida. Afectada por una profunda crisis moral, carece de los criterios que le ayuden a reaccionar y defender valores tan básicos para el bien común como el matrimonio y la familia (Conferencia Episcopal Española 2012: n° 91).

Como consecuencias de este proceso de secularización postmoderno podemos señalar: el divorcio civil entre bautizados, el aborto y la eutanasia de los seres humanos, la manipulación genética, la contracepción, la aceptación del adulterio y la masturbación, las relaciones promiscuas en cualquier edad y condición, etc (Cfr. Consejo Pontificio para la Familia 2006). Todo esto que es algo “malo” se lo presenta como algo “bueno” para el hombre.

4 Contemporáneamente aparece con fuerza el relativismo que produce una escisión en el mismo hombre, de aquello que cree con su inteligencia y de aquello que obra con su voluntad. Se produce un divorcio entre la fe y la vida del hombre. Así, la ética cristiana pierde su elemento objetivo para ser una pura subjetivización de la moral como nos lo explica el Papa del Concilio. Cfr. PABLO VI, Carta Encíclica *Humanae vitae*, del 25 de julio de 1968.

Hemos querido llegar a nombrar estas consecuencias del pecado en la moral cristiana para poder evidenciar la constante destrucción de la vida conyugal y familiar.

La oración como una revelación de Dios

Dios dialoga con su Pueblo

Volviendo la mirada sobre los pasajes del Antiguo Testamento, descubrimos distintos encuentros entre Dios y el hombre donde se establece un diálogo orante.

Por un lado, podemos señalar la llamada que hace Dios a Abrahán constituyéndolo patriarca de un pueblo y guiándolo hacia la Tierra prometida: “Yahvé dijo a Abrán: Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición”. (Gn12,1-2).

Por otro lado, Dios también buscó a Moisés, para rescatar a su pueblo oprimido por la esclavitud, porque había escuchado su quejido, había visto su aflicción. Yahvé le habló a Moisés en una zarza ardiendo para conferirle la misión de liberarlos del sufrimiento en Egipto. “Dijo Dios a Moisés: ‘Yo soy el que soy’. Y añadió: Esto dirás a los Israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros”. (Ex 3,14).

También Dios habló a su pueblo por los profetas, escogió a hombres para que transmitan sus designios. Recogemos la vocación del profeta Jeremías para mostrar un revelador diálogo orante entre Dios y el hombre:

Me dirigió Yahvé la palabra en estos términos: Antes de haberte formado yo en el vientre, te conocía, antes que nacieses, te había consagrado yo profeta; te tenía destinado a las naciones. Yo respondí: ¡Ah, Señor Yahvé! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho”. (Jr 1,4-6)

La oración de Tobías en el día de su alianza nupcial

Para descubrir la revelación de Dios sobre la oración de la familia cristiana, nos centraremos en primer lugar en la oración que Tobías eleva a Yahvé el día en que tomó a Sarra como esposa.⁵

La oración de Tobías y su mujer Sarra, es una profecía del nuevo matrimonio en Cristo escrita en el Antiguo Testamento. De la reflexión del capítulo 8 del libro de Tobías podemos asombrarnos del misterio de la unión conyugal (Tb 8,1-9).

Meditando sobre esta plegaria, indicamos algunos elementos que queremos señalar:

- La liturgia de la unión esponsal está unida al banquete.
- La presencia del pez, futuro signo de Jesucristo, vence al demonio Asmodeo, signo del deseo carnal de la concupiscencia, enviándolo hacia regiones paganas.
- El olor perfumado que sale del pez, es signo de la oración matrimonial que se eleva al Cielo.
- La habitación queda cerrada por los padres, señal de la intimidad matrimonial y la constitución de una nueva familia, distinta a la de sus antepasados.

⁵ En la traducción de la *Biblia de Jerusalén* se la denomina “Sarra”, en cambio, en la *Sagrada Biblia* la llama “Sara”.

- Tobías pide la “salvación” de los dos. Para esto es necesario estar preparados, en guardia, de pie, con perseverancia en la oración. Reconoce a su esposa como “hermana”, hija de un mismo Padre, Creador y Eterno.
- Bendice la Alianza matrimonial, viendo en ella una vocación de comunión de personas, para salvar la soledad original.
- Esta plegaria es la expresión de un amor de *ágape* realizando una verdadera comunión, que sana la herida del amor de *eros* como consecuencia del pecado original.
- La rectitud de intención prevalece ante el deseo del apetito concupiscible.
- Señala también una unión indisoluble por el deseo de llegar juntos a la ancianidad.
- El varón expresa esta plegaria, pero el “amén” es de ambos, es decir, que el lenguaje espiritual de la oración es del nuevo matrimonio, consintiendo así su amor que será consumado por la unión sexual como lenguaje corporal.

En definitiva, podemos decir que la historia de salvación de Tobías y Sarra es una de las más preciosas del Antiguo Testamento para contemplar el misterio nupcial de la unión conyugal, siendo así modelo y figura de la vida familiar y del matrimonio cristiano (Cfr. Bilyk 2008: 72).

La oración del Hijo al Padre

Cuando buscamos al Cristo orante y seguimos sus enseñanzas podemos descubrir toda la profundidad y verdad contenida en la oración; la perseverancia, la oración en secreto, el modo de orar, la petición, la bendición, la alabanza, etc. Por eso necesitamos decirle: “Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”. (Lc 11,1)

Esta plegaria es conocida como la “oración sacerdotal”, porque Cristo actúa como mediador entre el Dios y el hombre. Él se hace oración de mediación para que la plegaria sea eficaz ante la misericordia del Padre. Esta oración de mediación quedará consumada en el sacrificio de su pasión y crucifixión.

Señalamos entonces algunos aspectos de este diálogo divino, para aprender cómo debemos orar.

- La oración de Jesús se presenta como un diálogo dirigido al Padre. Tiene una connotación de lo íntimo y lo familiar.
- Resalta la intención de la obra creadora, la glorificación de Dios.
- Es una oración de adoración y alabanza.
- Está presente la misión salvífica del Hijo, conceder la vida eterna.
- Esa vida eterna comienza aquí en la tierra por el conocimiento de Dios y su enviado. Es un conocimiento en el sentido bíblico en cuanto es experiencia de una presencia.
- El Hijo presenta al Padre la fidelidad a la misión encomendada.
- Enmarca la oración en la eternidad divina.
- Señala su misión de santificar su Nombre y anunciar la Palabra, así como la pertenencia de los hijos a Dios Padre.
- Es una oración de la Santísima Trinidad, al indicar verdaderamente que el Hijo procede del Padre.
- Es también una oración de petición, especialmente por la salvación de los hombres.

- Pide por la divinización de los hombres y que vivan en unidad.
- Ruega también que los guarde de los males del mundo y para que no se pierdan por del Maligno.
- Aparece la libertad de la respuesta de los elegidos, con el peligro de la condenación.
- La oración es una expresión de la “perfecta alegría” por la presencia de la Trinidad.
- Es una súplica por la santificación de los hombres en la verdad de la Palabra de Dios.
- Su misión ha consistido en revelar el amor del Padre dando a conocer su Nombre.
- Pide también al Padre, la unidad de los seres humanos en una misma fe, como causa primera para la evangelización.⁶ La unidad de los hombres como signo de la unidad de la Santísima Trinidad en un mismo amor.
- Finalmente, intercede para que los hombres puedan contemplar el rostro divino en la gloria futura.
- La oración de Jesús, responde a la dinámica trinitaria en el mundo que nos plantea San Juan. Él está en el Padre, y el Padre en Él, por eso afirma Jesús: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará; y vendremos a él y haremos morada en él”. (Jn 14,23). El “estar” un presente en el otro, es por la presencia del Espíritu Santo.

Seguramente se podrán encontrar muchos más aristas sobre esta oración, pero hemos querido indicar algunas que nos ayudan a establecer una permanente plegaria según nuestra condición de hijos con nuestro Padre.

El sentido de la plegaria a Dios en San Pablo

Siguiendo con la revelación de la plegaria en la Sagrada Escritura, vamos a detenernos en la teología paulina. El Apóstol nos expone la idea del hombre orante como “hijo de Dios” y como quien “ofrece su culto a Dios”.

San Pablo nos presenta la filiación divina por mérito de Aquel que ha pasado de estar sometido como esclavo a la libertad de ser hijo, y agrega:

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley para rescatar a los que se hallaban sometidos a ella y para que recibiéramos la condición de hijos. Y, dado que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y, si eres hijo, también heredero por voluntad de Dios. (Ga 4,4-7)

Entendemos que para poder alabar a Dios como Padre por medio de la oración, primero tenemos que ser hijos. La condición del pecado original nos hace esclavos y “huérfanos” de Dios. La presencia de su Hijo Jesucristo, hace que nos insertemos en el Verbo de Dios. Nos hace partícipes de su gracia al estar experimentando el misterio de Dios.

⁶ Esta llamada a la unidad fue recogida por JUAN PABLO II en su Carta Encíclica *Ut unum sint*, del 25 de mayo de 1995.

Hemos recibido una gracia de filiación por la cual nos reconocemos como hijos en el Ungido. Cristo es el primogénito de una multitud de hermanos, y ahí se encuentran las familias cristianas que han sido transfiguradas en el misterio de la filiación. La imagen del Hijo hace que podamos reinsertarnos en la vida íntima de la Santísima Trinidad. Intentaremos explicar esta idea con un pensamiento de A. Fosbery:

Mi confianza radica en que Cristo es mi hermano y es el que va a informar la imagen que Dios quiere de mí en el Cielo; me va a participar esa imagen. El Padre quiere que yo tenga la imagen de su Hijo. Él me ve en la imagen del Hijo. Y en la medida en que dejo que la gracia me inserte en el Misterio de la Trinidad, voy transfigurando mi propia imagen en la imagen de Cristo. Y por eso me reconoce el Padre; ahí es donde se da la filiación: no se da directa, se da en Cristo. Y ahí me descubre el Padre, en el Hijo (Fosbery 2001: 310).

Por otro lado, sobre el culto a Dios, en la epístola a los Romanos, San Pablo nos indica la centralidad de la oración como un ofrecimiento de toda la persona humana, tal cual lo hiciera el matrimonio de Tobías y el Hijo Ungido del Padre:

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual. Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto. (Rm 12,1-2)

Es decir, toda la dimensión de nuestra vida ofrecida a Dios. Podemos así hacer de la vida un culto, porque somos “víctimas”, estamos sacrificados, estamos consagrados para ser santos.⁷ A esta entrega llamamos *sacrum facere*, hacer lo sagrado; consiste en que todo nuestro ser y todo lo que hagamos en la vida, lo ofrezcamos como sacrificio sagrado. El motivo es que la verdad a la cual consagramos la vida no es una verdad humana, consagramos nuestra vida a quien es la Verdad y la Vida (Cfr. Fosbery 2001: 360).

Lo que el Padre ha pensado para nosotros, lo podemos cumplir por mediación de Jesucristo y con la gracia del Espíritu Santo. Si esto es así, nuestra comunión con la Santísima Trinidad será plena. Para argumentar esta realidad de amor, agregamos:

Cuando estoy viviendo en comunión con Dios ¿qué es lo que se está produciendo en el interior del alma? Se está produciendo la acción transfigurante del hábito infuso de la gracia, con la presencia misteriosa de la Trinidad morando en mi alma y, al mismo tiempo, la acción de esa circuminsesión trinitaria que significa el movimiento interno de la Trinidad, de amor y de conocimiento del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Todo eso se está produciendo dentro de mí (Fosbery 2001: 302f).

La Santísima Trinidad hace morada en nosotros y se aviva esta experiencia de comunión por medio de la oración. Es todo Dios en la vida del hombre, es toda la vida del hombre en Dios.

⁷ Esta consagración de la que hablamos es la que corresponde al “sacerdocio común de los fieles”, no a la consagración religiosa o ministerial como en el caso del sacramento del orden sagrado.

Los matrimonios y las familias responden así a la vocación de santidad que el Señor ha pensado para ellos. Hay un plan de salvación para todos nosotros y por medio de la oración podemos discernirla y cumplirla siendo así, peregrinos hacia la eternidad.

La Sagrada Familia es el icono de la oración familiar

La misión educadora de la institución familiar en el Pueblo de Israel

José, María y el niño, vivían como familia según el contexto de su época que el Señor pensó para ellos. Jesucristo se encarnó en la plenitud de los tiempos, y en un pueblo preparado para recibirlo, aunque no todos lo hicieran (cfr. Jn 1,11-12).

Vamos a ahondar en el modo de oración familiar que había en el Pueblo de Israel. ¿En qué consistía la plegaria diaria familiar? Aquí observamos dos espacios, donde los padres transmitían la fe a sus hijos: en la casa y en los lugares sagrados.

Sobre el primero, en cuanto a la oración en la casa familiar, nos basamos en las palabras que Yahvé dirige a su pueblo cuando le entrega el mandamiento de la fidelidad y del amor en el libro del Deuteronomio: “Estos son los mandamientos, preceptos y normas que Yahveh vuestro Dios ha mandado enseñaros para que los pongáis en práctica en la tierra a la que vais a pasar para tomarla en posesión, a fin de que temas a Yahveh tu Dios, guardando todos los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, tú, tu hijo y tu nieto, todos los días de tu vida, y así se prolonguen tus días”. (Dt 6,1-2).

Con este mandato de transmitir la fe a sus hijos es como Dios revela la oración del *Shemá*. Luego, vuelve a insistir en la misma idea de pasar esta oración familiar de generación a generación, en cualquier lugar, durante su peregrinar hacia la tierra prometida: “Se la repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas”. (Dt 6,7-9)

El *Shemá* es la oración que las familias rezan “cada día”, en los distintos sitios en que se encuentra. Es una oración de los peregrinos que están insertos en un pueblo que busca la Tierra de su promesa.⁸ Hasta que llegue ese día donde se cumpla en plenitud lo deseado, el amor pleno, el israelita recita en su interior el deseo de amor que Yahvé depositó en él. El Papa nos ilumina diciendo:

En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del *Libro del Deuteronomio* que, como bien sabe, comprendían el núcleo de su existencia: « Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón,

8 Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso del 8 de julio de 2006*, en el Encuentro Mundial de las Familias de Valencia. Donde dice el Papa: “El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana. En la lectura del *Deuteronomio* hemos escuchado la oración repetida constantemente por el pueblo elegido, la *Shema Israel*, y que Jesús escucharía y repetiría en su hogar de Nazaret. Él mismo la recordaría durante su vida pública, como nos refiere el evangelio de Marcos (cf. Mc 12, 29). Esta es la fe de la Iglesia que viene del amor de Dios, por medio de vuestras familias. Vivir la integridad de esta fe, en su maravillosa novedad, es un gran regalo. Pero en los momentos en que parece que se oculta el rostro de Dios, creer es difícil y cuesta un gran esfuerzo.”

con toda el alma, con todas las fuerzas » (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el *Libro del Levítico*: « Amarás a tu prójimo como a ti mismo » (19, 18; cf. *Mc* 12, 29- 31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. *1 Jn* 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un « mandamiento », sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro (*Deus caritas est*, nº 1).

En cuanto a lo segundo, sobre los lugares sagrados, la familia participaba de los ritos culturales en los santuarios y en el templo, donde celebraba la liturgia, oía cantar salmos y las proezas de Dios con su pueblo.

En el pasaje de la peregrinación de Siló y oración de Ana del libro de Samuel, se nos descubre la oración ritual:⁹ “El día en que Alcaná sacrificaba, daba sendas porciones a su mujer Peniná y a sus hijos e hijas”. (1Sam 1,4). Cuando nos habla que Ana engendra a Samuel, dice: “Subió el marido Alcaná con toda su familia para ofrecer a Yahvé el sacrificio anual y cumplir su voto”. (1Sam 1,4)

La visita al templo para celebrar la pascua judía está expresada en las palabras de Lucas, cuando nos relata la presentación de Jesús en el templo cumpliendo así la ley del Señor, hecho que suscita el cántico y profecía de Simeón y la alabanza de la anciana Ana (cfr. *Lc* 2,22-38). Este acontecimiento revela la certeza de la llegada del Salvador cumpliendo la esperanza del Pueblo de Israel.

La Sagrada Familia, el icono escatológico de nuestras familias

Hemos visto cómo el primer hombre, Adán y Eva, rompió el diálogo con Dios. Ahora, al contemplar la Sagrada Familia de Nazaret, podremos descubrir la restauración del diálogo matrimonial y familiar con Dios.

La presentamos como una figura escatológica de la oración en la vida familiar, porque nos remite a la santidad última en el Reino que busca alcanzar cada familia, haciendo presente el estilo de vida de la Sagrada Familia en cada hogar cristiano.

Para ello, providencialmente, el Santo Padre Benedicto XVI nos ha regalado una bellísima contemplación de la oración familiar, en el término de sus *Catequesis sobre la oración*, durante la octava de Navidad del 2011.

El Papa nos invita a que hagamos una mirada reflexiva sobre la Sagrada Familia, para encontrar ahí la fuente de la oración familiar. En su catequesis nos dice: “La casa de Nazaret, en efecto, es una escuela de oración, donde se aprende a escuchar, a meditar, a penetrar el significado profundo de la manifestación del Hijo de Dios, siguiendo el ejemplo de María, José y Jesús”. Es decir, que ese privilegio de la casa de Nazaret de tener a Cristo en medio de ellos, es el privilegio de toda familia cristiana que quiere hacerlo presente en medio de ella (Cfr. Caffarel 1993: 206).

Esta peregrinación de Belén a Jerusalén para cumplir con lo prescripto por la ley nos testimonia el camino espiritual que estaban recorriendo, del silencio de Belén donde se recibe la salvación, al encuentro cultural definitivo que harán en la ciudad santa de

9 En el contexto de estos actos culturales, aparecen dos elementos llamativos. Una oración de la familia durante una peregrinación, tal cual lo planteamos en este trabajo; y por otro lado, la oración y cántico de Ana, con su misterioso paralelismo con el Magníficat de María, ante la encarnación del Verbo de Dios, la Palabra hecha carne.

Jerusalén. “La peregrinación de la Sagrada Familia es la peregrinación de la fe, de la ofrenda de los dones, símbolo de la oración, y del encuentro con el Señor, que María y José ya ven en su hijo Jesús” (Cfr. Caffarel 1993: 206).

María, contemplación del Hijo

El Papa se detiene en la figura de María, madre y discípula, de su hijo como modo de oración contemplativa en el seno familiar. “La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece a título especial, porque se formó en su seno, tomando de ella también la semejanza humana. Nadie se dedicó con tanta asiduidad a la contemplación de Jesús como María” (Cfr. Caffarel 1993: 206).

Esta Palabra encarnada que había engendrado en su corazón y en su seno, era así recibida por ser una mujer permeable al *don*. Esta actitud se prolongará en toda su existencia, la actitud de conservar los acontecimientos salvíficos de Dios, meditándolos en su corazón.

¿Cuál sería el rostro de Jesús a quien María contemplaba? Seguramente igual a la figura de María, como un niño se parece a su madre. ¿Cuál sería el rostro de María? Igual al de Eva, siendo ella la nueva Eva que contempla al nuevo Adán en una mirada orante de amor puro e inocente. Se recrea así la mirada del primer varón y la primera mujer, que se había manchado por la concupiscencia de su mirada después del pecado. Ahora vuelve al *principio*, siendo un intercambio de visión espiritual, una renovación del encuentro con el *hombre nuevo* que sólo es posible con la gracia redentora del Salvador.

José, santificación de la paternidad

Posteriormente, en la misma *Catequesis* del 2011, Benedicto XVI nos muestra la figura de San José. Nos presenta una paternidad humana y verdadera, que experimenta ser padre y esposo, a través de la obediencia de hijo y amor de hombre. “San José fue el primero en experimentarlo. Su amor humilde y sincero a su prometida esposa y la decisión de unir su vida a la de María lo atrajo e introdujo también a él, que ya era un «hombre justo» (Mt 1, 19), en una intimidad singular con Dios. En efecto, con María y luego, sobre todo, con Jesús, él comienza un nuevo modo de relacionarse con Dios, de acogerlo en su propia vida, de entrar en su proyecto de salvación, cumpliendo su voluntad”.

El Papa nos presenta en San José la misión del padre como cabeza de familia, dado que ha recibido la fe de Israel y se hace custodio de esta tradición religiosa. Se convierte en un padre de familia que educa en la fe a su hijo, que trabaja por ello, porque desde el principio mostró su obediencia religiosa a la voluntad de Dios. Por ello, el Papa nos resalta la figura de la verdadera paternidad:

José cumplió plenamente su papel paterno, en todo sentido. Seguramente educó a Jesús en la oración, juntamente con María. Él, en particular, lo habrá llevado consigo a la sinagoga, a los ritos del sábado, como también a Jerusalén, para las grandes fiestas del pueblo de Israel. José, según la tradición judía, habrá dirigido la oración doméstica tanto en la cotidianidad —por la mañana, por la tarde, en las comidas—, como en las principales celebraciones religiosas (Catequesis 2011).

Contrariamente, estamos en una sociedad donde el hombre ha abandonado su misión educadora en la transmisión de la fe y, por ello queda vacío. La mujer, muchas veces,

cumpliendo su función también tiene que cubrir el hueco que deja su marido en la educación de los hijos, asumiendo solitariamente esta tarea.¹⁰ No se trata de buscar los motivos de por qué sucede eso, sino de mirar el verdadero modelo de hombre justo y de mujer contemplativa como son el de José y María. Buscar en el padre de familia, simplemente a un hombre verdadero, sin más, como fue José para su familia. De este modo, en el taller de José, Jesús ofrecía su fatiga, alternando su vida de oración y el trabajo y así “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia de Dios ante Dios y ante los hombres”. (Lc 2,56)

Jesús, revelador del Padre

Existe otro escenario importante, cuando la Sagrada Familia peregrina a Jerusalén porque querían celebrar la Pascua. Es un acontecimiento pascual y revelador del nuevo hombre y de la nueva familia que es redimida por el Salvador. En este episodio, la Sagrada Familia de Nazaret se halla unida en la oración, se reencuentra en el templo del culto de Israel en la persona de Jesús, *la Palabra* del Padre.

¿Dónde está Jesús? Está con su Padre, y su Padre mora en su Casa de contemplación. De este modo el Hijo nos indica cuál es su verdadero Padre, y el nuestro, nos indica cuál es su verdadera Casa, y la nuestra.

Ahora sí sabemos hacia dónde debe dirigirse la familia cristiana. El camino ya lo recorría María y se nos adelanta para que sepamos seguirle. Ella encuentra a Jesucristo en el Templo, ella busca al Hijo en la Casa del Padre. Allí peregrina la Sagrada Familia, ahí es donde llega y donde nuestras familias cristianas deber orientarse.

En esta catequesis del Sumo Pontífice es donde se descubre la verdad sobrenatural y ontológica de la familia, la llamada a la santidad de sus miembros que se realiza por medio de la oración. Finaliza pues el Santo Padre afirmando: “Queridos amigos, por estos diversos aspectos que, a la luz del Evangelio, he señalado brevemente, la Sagrada Familia es icono de la iglesia doméstica, llamada a rezar unida. La familia es iglesia doméstica y debe ser la primera escuela de oración”.

En el hogar de José, María y Jesús, queda restablecido el diálogo de oración con Dios, ese diálogo que había quedado truncado por el pecado original de Adán y Eva y por la negación de la fraternidad de Caín con respecto a Abel.

Ese vacío de comunión fraterna que genera el pecado, puede ser cubierto por la gracia de la oración, así nos los expone Benedicto XVI:

Una educación auténticamente cristiana no puede prescindir de la experiencia de la oración. Si no se aprende a rezar en la familia, luego será difícil colmar ese vacío. Y, por lo tanto, quiero dirigiros la invitación a redescubrir la belleza de rezar juntos como familia en la escuela de la Sagrada Familia de Nazaret. Y así llegar a ser realmente un solo corazón y una sola alma, una verdadera familia.

Redimir el corazón consiste también en hacerse uno en el Señor a través de la oración. El vacío queda cubierto por la presencia del misterio de Dios que quiere volver a dialogar con el hombre y la familia cristiana en la plegaria cotidiana.

10 Los padres contemporáneos, al relativizar sus funciones educativas, juegan a un intercambio de “roles” donde, prevalece el criterio de practicidad sobre la primacía de la función propia de acuerdo al fin educativo de sus hijos.

La oración en las familias que suscitaron vidas de santos

Familias unidas en el amor y la oración

En la Sagrada Escritura hemos descubierto algunos modos revelados de oración, pero también los podemos ver en la experiencia teológica de familias que han suscitado vidas santas, para el bien de ellas y para el bien de la Iglesia.

Presentaremos escenas familiares de matrimonios y niños que han buscado en comunión la presencia de Dios en sus hogares y han logrado que la oración sea algo natural que los hizo penetrar en lo sobrenatural.¹¹

La vida cristiana de los niños, futuros ciudadanos de la sociedad, brota de la fe y se expansiona en el amor. Así pues, poseerán una mayor vitalidad cristiana, cuanto más profunda sea su fe y más intenso su amor en el seno familiar (Brasó 1968: 11).

Iremos mostrando distintos ejemplos del modo en que ha actuado el Espíritu Santo en algunos hogares cristianos.

Experiencias de oración en algunas familias cristianas

Santo Domingo de Guzmán (+1221): Fundador en España de la Orden de los Predicadores. Se decía de él que sólo hablaba de Dios o con Dios. Tuvo una gran vida de oración, se le conocen al menos 9 modos de rezar. Recibió de la Virgen el Rosario. Fruto de la plegaria es que pone como lema de su Orden: *Contemplar y transmitir lo contemplado*. En 1770 tuvo señales divinas como fue el sueño de su madre en el cual vio que su hijo abrasaría al mundo entero con la luz de una antorcha; también, el día del bautismo, una estrella apareció en su faz de niño. Si bien recibió estos signos divinos, Domingo fue educado en las virtudes de la fe cristiana. Henri Lacordaire OP, en la obra sobre Santo Domingo y su Orden, escribe:

A la edad de siete años, salió de la casa paterna enviado a Gumiel de Izán, a casa de un tío suyo que desempeñaba en aquella iglesia las funciones de arcipreste. Allí, cerca del sepulcro de sus abuelos, y bajo la doble autoridad de la sangre y del sacerdocio, pasó Domingo la segunda parte de su infancia (Lacordaire 1998: 83).

También, en la biografía de Constantino de Orvieto leemos:

Para que la auténtica doctrina llenara el santuario de su corazón, y antes de que lo mundano dejara en él una huella, se le instruyó en los ministerios de la Iglesia, como sucedió con el niño Samuel (1Re 1,28). Con estos sólidos fundamentos, su espíritu iba por delante de su edad, y cada día daba un paso adelante hacia el templo de la perfección (Orvieto 1968: 253).

11Cfr. Guardini 1978: 52. El autor nos ilustra sobre este combate de la oración en la vida común: “Pero ¿qué significa luchar por Dios, trabajar por él, llamarlo, buscarlo, urgirle? Muchos son los modos y los nombres de esta lucha. Uno es: la oración. ¿La razón? Porque es una e idéntica la realidad que lo impulsa todo: el amor. El amor empuja todo hacia el gran mundo exterior, amplía el horizonte en contemplación y admiración. El amor arrastra hacia los otros hombres y quiere que todo sea común. Y el amor íntimo se alza hacia el que es plenitud de toda vida, grande, rico y bondadoso sobre toda ponderación: hacia Dios. El caminar, procede del amor; la comunidad, de un amor más alto. Pero ese amor convoca sus mejores energías cuando se eleva hasta Dios, cuando se hace oración.”

Santa Catalina de Siena (+1380): mujer de fe íntegra que decía de ella misma: “mi naturaleza es fuego”. Tuvo una permanente presencia de Jesucristo, fue modelo de mujer laica y valiente defensora de la Iglesia. En la obra de Jøerguensen podemos leer: “La energía de Catalina procedía de Lapa (su madre), pero su piedad y su incansable dulzura era de su padre” (Jørgensen 1993: 33).

San Juan María Vianney (+1859): Fue párroco en Ars, una pequeña aldea francesa. Por su oración, mortificación, predicación, caridad, y como confesor y consejero promovió santamente a todos los fieles de su parroquia. Recibió la fe de su familia, por ello sabía la importancia que tenía la plegaria en el hogar. Cuenta su biógrafo: “En las casas se había dejado la hermosa costumbre de la oración en familia, y el señor Vianney trabajó con todas sus fuerzas para restablecer la antigua tradición” (Trochu 2001: 238).

Beatos Louis y Zélie Martín (+1894- +1877)) Tuvieron 9 hijos, 7 niñas y 2 niños, de los cuales cuatro murieron siendo muy pequeños. Las cinco niñas entraron en la vida religiosa. Fueron los padres de Santa Teresita de Liseux. Un matrimonio que se entregó a la providencia y a la Voluntad de Dios. Fueron beatificados en octubre 2008 por el Papa actual como ejemplo de la santidad familiar. Leemos en los escritos biográficos:

Para los Martín, la oración no se queda a las puertas de la Iglesia. Su trabajo silencioso y solitario es propicio al recogimiento, y los tiempos de oración marcan el ritmo de la jornada: misa por la mañana, bendición y acción de gracias en cada comida y por la noche todos los miembros de la familia se reúnen para rezar juntos (Mongin 2009: 62)

Y más adelante continúa diciendo:

Para Louis y Zélie la educación de sus hijos tiene una meta: ‘educarles para el Cielo’. Aquello que desean ante todo para sus hijas es la santidad: “de momento hay que servir bien a Dios, mis queridas hijitas, y procurar merecer estar un día entre el número de los santos.

Para definir el método educativo Martin, Zélie emplea la metáfora floral querida por toda la familia: hay que roturar la tierra, contar confiadamente con el riego del Cielo, hacer uno lo mejor posible para cultivar bien, y dejar a Dios que haga crecer las flores y las plantas. La educación se hace, así pues, con y para Dios.

Más que con palabras, es la fuerza del ejemplo como el matrimonio Martin da testimonio a sus hijos de lo que es la vida cristiana. Los niños tienen cada día delante de sus ojos el espectáculo de sus padre rezando. Louis, su ‘rey’, se pone de rodillas y eso debe decir mucho sobre Dios a sus pequeñas hijas que adulan a su padre.

El Cielo está tan presente en el hogar familiar que no es necesario dar grandes discursos para que las niñas queden completamente embebidas. Leonié oye tanto hablar de la otra vida, que ella también habla de ello.

Mi padre y mi madre –atestigua Marie- tenían una profunda fe, y oyéndolos hablar juntos de la eternidad, nosotras nos sentíamos inclinadas, por jóvenes que fuésemos, a mirar las cosas del mundo como pura vanidad”. (Mongin 2009: 94).

Si quisiéramos saber en quiénes actuó el Espíritu Santo para acrecentar la fe en el matrimonio Marin, podemos verlo en sus padres. Al respecto encontramos este testimonio:

Celia y Luis tiene en común también una sólida educación cristiana. Su fe les viene de la cuna, se aguza en los juegos de la infancia, antes de tronarse adulta. Criados por familias cristianas realmente libres y liberadoras –es decir, que no excluyen una vocación religiosa del horizonte de sus niños-, Celia y Luis han considerado ambos la posibilidad de una vida consagrada (Quantin 2009: 23).

Santa Gema Galgani (+1903): Recibió los estigmas y las llagas de la flagelación, vivió en un constante sufrimiento por amor a Jesús. Cuando era pequeña, su madre estaba convaleciente por una enfermedad y Gema la acompañaba constantemente. Nos cuenta en su autobiografía:

De lo primero que me acuerdo es de que, teniendo yo menos de siete años, mi mamá acostumbraba a tomarme en brazos ..., y llorando, repetía: -He pedido mucho a Jesús que me diera una niña; me ha consolado, pero ya es tarde. Estoy muy enferma, y pronto moriré ... Si pudiera llevarte conmigo, ¿vendrías?

-¿Y dónde iríamos?

- Al Paraíso, con Jesús (contesta su madre).

Recuerdo que después de haberme dicho esto varias veces, ya no quería separarme de ella ni salir de su habitación. Todas las noches, antes de ir a la cama, rezaba con ella las oraciones. Me ponía de rodillas a su cabecera y rezábamos (Piélagos 1998: 15).

Siervo de Dios Fr. Modesto María de Torrent (+1936): Nace en Torrent-Valencia. Religioso capuchino amigoniano. Llevó una vida de obediencia, mortificación y trabajo en los conventos. Es encarcelado por los republicanos en la guerra civil española y muere mártir. Su vida familiar le ayudó a despertar la vocación religiosa. Su hermana, Concha Gay Zarzo, describe así su familia:

Mis padres eran muy buenas personas, demasiado buenas, según creo yo. Católicos piadosos, cumplidores a la antigua. Pertenecían a la Venerable Orden Tercera del Padre San Francisco. Mi padre era miembro de la Adoración Nocturna. Se llamaban mis padres Vicente Gay Ruerger y Dolores Zarzo Sanchis. Él nativo de Torrent y ella de Benaguacil. Formaron una familia cristiana, donde se rezaba el rosario todos los días y no corto como ahora (González 2001: 112).

Sierva de Dios, Carmen García Moyon (+1936). Mujer laica, penúltima de cinco hermanos, de temperamento heroico y de una amabilidad sin límites. Cooperadora parroquial quien no dudó en proclamar el santo nombre de Dios ante los milicianos de la República. Educaba en la fe a los niños como catequista. El día de su martirio la llevan a las afueras de Torrent para matarla, se resistió a ser violada, la rocían de gasolina y le prenden fuego. Muere gritando ¡Viva Cristo Rey! Cuenta su biógrafo sobre su educación cristiana:

A su debido tiempo recibió la confirmación y poco más tarde la primera comunión. Luego de una prolongada catequesis, por supuesto. Pues se estaba en la creencia entonces de que para recibir el Pan de los Ángeles, o le Pan de los Fuertes, que también con ese nombre se conocía la Eucaristía, era preciso que los niños tuvieran mucho juicio y conocimiento. Educada religiosamente en el seno de una familia muy católica, Carmen da muy pronto muestras de sus verdaderos sentimientos cristianos, que posteriormente defenderá con toda sus fuerzas González 2001: 246).

Venerable María del Carmen González-Valerio (+1939): Le llamaban Mari Carmen, fue la segunda de cinco hermanos. Ofreció el sufrimiento de su enfermedad por amor a Jesús. En 1996, el Santo Padre Juan Pablo II reveló la heroicidad de las virtudes de esa niña, que había vivido en este mundo 9 años, y le concedió el título de "Venerable". Hallamos una bella historia de esta sierva de Dios en sus primeros meses de vida:

Contaba apenas de unos meses y ya se hubiera podido añadir un apelativo a su nombre, llamándola: M^a Carmen, *la gran peregrina*, o bien, *la romera de la Virgen*. En efecto, sus padres, de quienes podemos escribir, como se acostumbra en la Leyenda Aurea, que eran más nobles por su virtud que por su alcurnia, empeñados en conciliar a aquella niña la benevolencia de Ntra. Señora, iban de santuario en santuario, peregrinando con su ángel, y en todos ellos la colocaban bajo el manto de María (Sánchez 2002: 18).

Este amor a María que le inculcan los padres, sería el fermento y la protección para su vida de santidad.

Beatos Luigi y María Bletrame Quatrocchi (+1951). La mejor presentación que podemos hacer son las palabras del Juan Pablo II, con ocasión de la beatificación de estos esposos que buscaron la felicidad en la santidad:

Los beatos esposos, inspirándose en la palabra de Dios y en el testimonio de los santos, vivieron una vida ordinaria de modo extraordinario. En medio de las alegrías y preocupaciones de una familia normal, supieron llevar una existencia extraordinariamente rica en espiritualidad. En el centro, la Eucaristía diaria, a la que añadía la devoción filial a la Virgen María, invocada con el rosario, que rezaban todos los días por la tarde, y la referencia a sabios consejos espirituales (JUAN PABLO II, *Homilía en la misa de beatificación* del 21 de octubre de 2001).

Ahora vamos a transcribir el modo de vida que tuvieron relatada en la obra *Un solo corazón*, donde el hijo mayor habla de sus padres:

La dedicación de Luigi y María por sus cuatro hijos era completa, total. No querían que sus hijos fuesen *huérfanos de padre vivos*, pero sin perder de vista su vida matrimonial ya que lo más anhelado por sus pequeños era contemplar gozosamente lo mucho que se amaban papá y mamá, verlos dialogar, mostrarse cariño, atención mutua, pedirse perdón cuando alguna palabra o acción había ofendido al otro...Filipo, el primogénito, recuerda: "Si bien no titubeaba en atender sugerencias y consejos de autores 'laicos', su atención predominante estaba siempre dirigida a una base cristiana de la formación de nuestros caracteres, inculcándonos gradualmente, incluso desde muy pequeños, el sentido de lo divino, de lo sacro y de lo sobrenatural.

No se trataba de 'sermones', ni mucho menos de disquisiciones retóricas, sino, en armonía con nuestro padre, de constantes detalles y llamadas afables a los valores esenciales del Evangelio, con referencias inmediatas a los acontecimientos, a una parábola escuchada en la iglesia, a una conversación en común, a menudo como respuesta –siempre inmediata y accesible– a preguntas de cualquiera de nosotros.

El sufrido ejemplo, constante y tangible, de una vida coherente y armónica vivida habitualmente bajo la mirada de Dios y con la mirada filial y felizmente dirigida hacia Él. Desde esta óptica nos sugerían diversiones, lecturas y amistades.

La vida de gracia y de oración a través de la práctica sacramental y litúrgica; la propuesta de la lectura espiritual personal adaptada a la edad; el diálogo fácil y

espontáneo con papá, con mamá y con el padre Paoli sobre cualquier tema, siempre seguido de respuestas sinceras y persuasivas; el contacto con personas de elevada espiritualidad que frecuentaban amistosamente nuestra casa; la implicación en la medida adecuada, en las actividades caritativas de los ‘grandes’; una limitada pero constante cotidianidad de momentos de oración comunitaria...constituyeron la base de nuestro proceso educativo y formativo.¹²

La familia que formaron estos esposos, es la concreción de lo que pretendemos en este trabajo sobre la espiritualidad familiar.

San Pío de Pietrelcina (+1968): Religioso franciscano capuchino. Tuvo inmensa vida de piedad. Recibió los estigmas. Fue gran confesor y director espiritual. Se le atribuyen muchísimos milagros. Cuando iba a ingresar en la Orden de San Francisco, estaba con su madre en la estación de tren, y después de la misa en Santa María degli Angeli, sucede un simple hecho que pone de manifiesto quién le había enseñado a orar y educado en la fe: “Antes de subir al tren, Francesco pidió de rodillas a su madre que lo bendijera. Mamma Peppa estaba turbada. –Ahora ya no me perteneces a mí – le dijo ella con sencillez- sino a San Francisco” (Chiron 2009: 33).

Card. Francois Xavier Nguyen Van Thuan (+2002): Uno de los grandes testigos de Jesucristo en nuestro mundo moderno. Arzobispo de Vietnam, encarcelado durante 13 años por su fe y amor a la Iglesia. Él mismo dice en su testimonio de fe:

Luego, las oraciones en mi lengua nativa, que toda la familia ora cada tarde en la capilla familiar, oraciones conmovedoras que me recuerdan mi primera infancia. Sobre todo las tres avemarías y el *Acuérdate, oh piadosísima Virgen María*, que mi mamá me enseñó a recitar en la mañana y en la tarde” (Nguyen Van Thuan 2012: 35). Luego, hablando de su “primer amor” que fuera María Inmaculada, agrega: “Mi madre infundió en mi corazón este amor a María desde que era niño. Cada noche mi abuela, después de las oraciones de familia, todavía reza un rosario. Le pregunté por qué: «Rezo un rosario pidiendo a María por los sacerdotes». Ella no sabe leer ni escribir, pero son estas mamás y estas abuelas las que han forjado la vocación en nuestros corazones (Nguyen Van Thuan 2012: 60).

Beato Juan Pablo II (+2005). Siendo niño, Karol Wojtila, tuvo muchos sufrimientos como la muerte de su madre, su hermano y las atrocidades de la Segunda Guerra mundial. Fue arzobispo de Cracovia y posteriormente Sumo Pontífice durante 26 años. Un Papa profundamente orante y apostólico, itinerante de la Palabra y testigo fiel de Jesucristo. Beatificado por su sucesor, Benedicto XVI el 1 de mayo de 2011.

Este gran Papa experimentó la fe en su infancia junto a su padre. En sus memorias nos comparte un bello y edificante recuerdo:

Mi padre era admirable y casi todos los recuerdos de mi infancia se refieren a él. Los violentos golpes que tuvo que soportar abrieron en él una profunda espiritualidad, y su dolor se hacía oración. El mero hecho de verlo arrodillarse para rezar tuvo una influencia decisiva en mis años de juventud. Y me enseñó una oración. No la he olvidado. Fue la lección espiritual mayor, más duradera y más fuerte de todas las que

12 Pequeña Familia De Betania, *Un solo corazón*, Ciudad Nueva, Madrid 2006, 63-63. El libro está escrito por la Asociación pública de fieles de la diócesis de Orihuela-Alicante, sin mencionar a un autor en concreto.

haya podido sacar a consecuencia de mis lecturas o de las enseñanzas que he recibido (Alvarez 2002: 16).

Aquí descubrimos un gran secreto de la talla espiritual del fundador del Pontificio Instituto para el estudio del matrimonio y la familia que lleva su nombre.¹³

Beatos Francisco (+1919), Jacinta (´+1920) y Lucía (+2005): Se trata de los niños pastorcitos de Fátima a quienes se les apareció la Virgen María. Fueron hermanos (Francisco y Jacinta) y prima (Lucía) que vivieron en una constante vida de sencillez y oración. Queremos transmitir este modo de oración familiar que tuvieron los pequeños a través del relato que nos trae Sor Lucía. Este suceso fue la primera aparición de la Madre de Dios el 13 de mayo de 1917:

Estando jugando con Jacinta y Francisco en lo alto, junto a Cova de Iría, haciendo una pared de piedras alrededor de una mata de retamas, de repente vimos un luz como de un relámpago.

-Está relampagueando – dije-. Puede venir una tormenta. Es mejor que nos vayamos a casa.

-¡Oh, sí, está bien! –contestaron mis primos.

Comenzamos a bajar del cerro llevando las ovejas hacia el camino, cuando llegamos a menos de la mitad de la pendiente, cerca de una encina, que aún existe, vimos otro relámpago, y habiendo dado unos pasos más vimos sobre una encina una SEÑORA vestida de blanco, más brillante que el sol, esparciendo luz más clara e intensa que un vaso de cristal lleno de agua cristalina atravesado por los rayos más ardientes del sol.

(Se establece entonces un diálogo entre Nuestra Señora y los niños, sobre el deseo de los niños de llegar al Cielo y sobre el sufrimiento que tendrían que padecer los niños para la conversión de los pecadores, al cual ellos aceptan gustosamente. Ella confirma su respuesta comunicando una luz intensa que penetró en sus corazones).

Entonces, por un impulso interior que nos fue comunicado también, caímos de rodillas, repitiendo humildemente.

-Santísima Trinidad, yo te adoro. Dios mío, Dios mío, yo te amo en el Santísimo Sacramento.

Después de pasados unos momentos, Nuestra Señora agregó:

-Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra.

Acto seguido comenzó a elevarse serenamente subiendo en dirección al levante hasta desaparecer en la inmensidad del espacio (Lucía Dos Santos 1997: 9-11).

Estos niños, con su plegaria diaria, nos enseñan el camino para experimentar la inocencia del amor a Dios.

13 El Pontificio Instituto Juan Pablo II, nació con el “bautismo de sangre” en el intento de asesinato al Santo Padre el 13 de mayo de 1981 en Roma. Sobrevivió por la protección de la Virgen de Fátima.

A lo largo de todas estas historias personales y familiares, hemos podido ver cómo ha actuado el Señor en sus vidas por medio de la oración. Matrimonios y niños que se abrieron a Dios por la oración poniendo a Cristo en el centro de su vidas: “Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos” (Mt 18,20).

Éste fue el modo de vivir sobrenaturalmente la presencia del Señor en los acontecimientos domésticos de sus hogares cristianos. Al igual que sucediera con Santo Domingo, podemos decir que en estas familias, no sólo se hablaba de Dios sino que también hablaban con Dios.

La familia, comunidad en diálogo con Dios

La oración como la esencia de la relación entre Dios y el matrimonio

El título de este capítulo responde a uno de los apartados del pensamiento matriz en la *Exhortación apostólica* sobre la familia (Cfr. *Familiaris Consortio*, nº 55-62). Vamos ahora a centrarnos en descubrir el camino de retorno al origen, a la Casa del Padre, por medio del diálogo con Dios.

Existe una vivencia de amor familiar en que se realiza en la *communio personarum*, y el modo análogo en que podrá mantener una relación con la comunión intratrinitaria de Dios, será la misma *razón de amor* que es la fuente de la unidad.

Siendo creaturas racionales y por lo tanto libres, la expresión de amor y de entrega se hará con manifestaciones concretas de adoración a Dios que es principio y fin de su existencia personal y comunitaria. El modo de realizar ese encuentro será el único posible, un modo ahora ascendente, de la creatura al creador, un modo cultural en que se reconozca a Dios como su Creador. Esto se logra a través de la oración. “La oración cristiana es una relación personal, filial e inmediata del cristiano con Dios, a la luz de la fe, en amor de caridad” (Rivera y Iraburo 1999: 295).

Es Jesucristo el verdadero adorador en espíritu y verdad. Él en cuanto hombre y en cuanto Dios, eleva un culto agradable al Padre e intercede por nosotros. Él es Sumo y Eterno Sacerdote de la nueva alianza.

Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados. (Heb 2,17-18)

Esta oración debe tocar todos los aspectos de nuestra vida, nuestros tiempos, nuestros lugares, nuestra familia. La vida orante se realiza en lo cotidiano de cada jornada, porque se está viviendo en la presencia de Dios. “Así pues, ya comáis, ya bebáis, o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios”. (1Cor 10,31)

Este “acudir asiduamente a las oraciones”, respirar esta presencia del Señor por medio de la oración, era el estilo de vida que tenían; es el estilo de vida que se propone a cada bautizado y a cada comunidad. Nos referimos al hecho de hacer un nuevo Pentecostés en espera del Espíritu Santo, “reunidos en un mismo lugar” (Hch 2,1) y “perseverando en la oración con un mismo espíritu” (Hch 1,14); por medio de las diversas *formas de oración* de; bendición, adoración, petición, intercesión, acción de gracias y alabanza (Cfr. *CATIC* 2623-2643).

La unidad de la familia depende en gran medida de la constancia en la oración. Ante los gravísimos ataques que recibe la familia para dividirla y destruirla, la oración será un escudo protector y un llamado de firmeza para permanecer en la unidad en medio de este mundo. Por eso Juan Pablo II nos repetía: “La familia que reza unida, permanece unida” (*Rosarium Virginis Mariae*, n° 41).

Se restablece el diálogo entre el hombre y Dios

- La mentira como veneno del primer diálogo entre el hombre, Adán y Eva, y con Dios, no sólo quebrantó la unidad relacional de amor humano y amor trascendente, sino que envenenó al mismo hombre. Quebró su profunda experiencia de ser creatura, de ser hombre y reinar sobre la creación.
- Juan Pablo II nos ayuda a vislumbrar que ese quebrantamiento existencial del “yo” se puede sanar por una gracia especial que el Señor nos concede, por la gracia de la oración. De este modo podrá entrar en la profundidad de su ser, pero viéndose a sí mismo sin malicia sino con humildad, será el modo más cercano de verse desde la inocencia del principio, verse como el Creador y la misma creatura se había visto a sí misma en el origen; ésta es la mayor aproximación al principio del hombre y de la familia. Así lo explica el Beato:
- Es significativo que, precisamente en la oración y mediante la oración, el hombre descubra de manera sencilla y profunda su propia subjetividad típica: en la oración el «yo» humano percibe más fácilmente la profundidad de su ser como persona. Esto es válido también para la familia, que no es solamente la «célula» fundamental de la sociedad, sino que tiene también su propia subjetividad, la cual encuentra precisamente su primera y fundamental confirmación y se consolida cuando sus miembros invocan juntos: «Padre nuestro»... (Juan Pablo II, Carta a las familias, n° 4).

La oración en el “hoy”

Esta oración constante en el tiempo, debe también surgir como necesidad del momento actual, del acontecimiento que estamos viviendo, del “hoy” del cual brota la oración.

El Verbo Eterno se hizo carne en la plenitud de los tiempos, y de ese acontecimiento salvífico, cada momento de nuestras vidas puede ser un acontecimiento salvífico. Dado que el tiempo está en manos del Padre, está en su poder el intervenir en el hoy de nuestras vidas (Cfr. *CATIC* n° 2659).

Así es como el Pueblo de Israel entendió y vivió su oración cultural, así es como los israelitas oraban en privado, desde el acontecimiento que Dios había permitido que sucediera en sus vidas, en sus situaciones cotidianas. Según la explicación de León-Dufour, la oración en el Pueblo de Israel consistía en la realización del plan de salvación que Dios tenía para ellos:

La constante más estable de las oraciones del AT es sin duda su relación con el plan salvífico de Dios: se ora a partir de lo que ha sucedido, de lo que sucede o para que suceda algo, a fin de que se dé a la tierra la salvación de Dios. El contenido de la oración de Israel la sitúa por tanto en la historia. Por su parte la historia sagrada está marcada por la oración: es sorprendente observar cuántos grandes momentos de esta historia están señalados por la oración de los mediadores y del pueblo entero, que se

apoyan en el conocimiento del designio de Dios para obtener su intervención en la hora presente. Luego será confirmado por la oración de Cristo y su esposa, la Iglesia (Leon-Dufour 2009: 611).

Debemos saber reconocer en cada momento la Voluntad de Dios, porque en ese plan que proviene de lo alto se encuentra nuestra salvación y nuestra felicidad. Por ello, la oración debe estar orientada a leer teologalmente los acontecimientos sucedidos en nuestras vidas, porque son una revelación de Dios, porque son un espacio propicio para elevar una plegaria al Padre, para que se cumplan sus designios salvíficos.

Entre estos acontecimientos, cobran especial importancia todas aquellas “gracias” que el Señor haya concedido. Es bueno hacer una mirada retrospectiva para descubrir los acontecimientos salvíficos de Dios en la historia de la vida familiar. Tener presente estas intervenciones divinas con Su Providencia permitirá realizar una constante oración de “acción de gracias a Dios” por las ayudas y dones que la familia haya recibido.

Peregrinación hacia el encuentro

Comienza así una peregrinación espiritual de retorno a la Casa del Padre, que se transita por medio de la oración. “La peregrinación es una expresión religiosa que se nutre de oración y, al mismo tiempo, la alimenta” (Benedicto XVI, *Catechesis del 28 de diciembre de 2011*). Es un camino de santidad en que se comienza con la gracia bautismal para llegar a esa misma inocencia original en el término del camino. Habiendo sorteado una historia de vida, de búsqueda y pérdidas, de gracia y pecado, de don y miseria, una historia de filiación que quiere abrazarse con el Padre.

Toda peregrinación contiene una misión, y se integra de un principio, un camino y un final. Nuestro credo nos dice que el primer peregrino fue Jesucristo, el cual recibió una misión redentiva, proveniente del Padre, se encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo en María Santísima, caminó entre nosotros predicando el Reino, luego padeció, murió, resucitó y, finalmente, regresó al Padre donde está sentado a su derecha para su gloria. Aquí tenemos el itinerario espiritual del cristiano, del matrimonio cristiano y de la familia cristiana.

Ahora bien, en este peregrinar, la familia cristiana, debe incorporarse a Cristo para transitar este mundo. Vivir por él, con él y en él volvemos a tener la dignidad de revestirnos con la gracia de la filiación; porque la misión del Ungido es restablecer el diálogo cultural que se quebró con el pecado original. Esta lectura la hacemos afirmando: “La misión del Hijo consiste en incorporar a su diálogo con el Padre a quienes viven con Él. Ha bajado del cielo para realizar la filiación del universo” (Caffarel1993: 207).

Esta nueva filiación me hace elevar los ojos al cielo para orar y encontrar ahí la meta de mi destino final. Es así como el espíritu del Concilio quiere que el bautizado redescubra el don inmenso que ha recibido, siendo hijo de Dios, se hace capaz de orar.

El Papa nos lo recuerda así: “Esta misión la ha recibido de Dios la familia misma para que sea la célula primera y vital de la sociedad. Cumplirá esta misión si, por la piedad mutua de sus miembros y la oración dirigida a Dios en común, se presenta como un santuario familiar de la Iglesia; si la familia entera toma parte en el culto litúrgico de la Iglesia” (*Apostolicam actuositatem*, n° 11).

La Iglesia en nuestro hogar cristiano

El misterio nupcial como fundamento de la “iglesia doméstica”

Hemos realizado una mirada contemplativa sobre el Hogar de Nazaret, para descubrir el modo de vivir la oración familiar y aprender, cual fiel discípulo, el estilo cultural de la familia. Ahora, vemos que también la Sagrada Familia es una mediación de salvación familiar. Buscando, llamando y pidiendo la intercesión de José, María y Jesús, como objeto de la oración, santificaremos nuestras familias. Así lo expresa el Santo Padre:

Por este motivo, en la base de la formación de la persona cristiana y de la transmisión de la fe está necesariamente la oración, la amistad personal con Cristo y la contemplación del rostro del Padre. Y lo mismo vale, evidentemente, para todo nuestro compromiso misionero, en particular para la pastoral familiar. Así pues, la Familia de Nazaret ha de ser para nuestras familias y para nuestras comunidades objeto de oración constante y confiada, además de modelo de vida (Benedicto XVI, *Discurso del 6 de junio de 2006*).

De este modo, el matrimonio que se funda en Cristo, actualiza la alianza de amor entre Dios y su pueblo; esta alianza de entrega y donación busca la salvación y felicidad en el otro. Dios es quien se entrega por amor y la Iglesia es quien recibe la donación del amor, es Dios quien muere para darle vida a su pueblo. En el caso del misterio nupcial, la unión esponsal del hombre y la mujer, es un amor recíproco donde ambos buscan la santidad del otro. En los dos existe una “declaración” del amor, es la racionalidad de la voluntad y los afectos; amar también es una decisión, decidimos amar. Es el consentimiento de un amor de donación que crea un *ágape* de la vida conyugal.

Así es como la familia, por la alianza nupcial entre los bautizados, constituyen una “iglesia doméstica” por la *palabra* y por el *sacramento*, y llega a ser como la Iglesia, maestra y madre, para sus hijos (Cfr. *Familiaris Consortio*, 38). Es decir, el misterio de la Iglesia se experimenta en cada hogar cristiano.

En “iglesia doméstica” están las gracias de toda la Iglesia Católica

Es el Espíritu de Dios, el Espíritu de Amor, quien une a las personas divinas, y a la vez quien une a las personas humanas, configurando así un nuevo ser sacramental. Por el sacramento del matrimonio, esta *unión dual*, queda vinculada por el sello del Espíritu Santo que los hace “iglesia doméstica”, porque ellos participan del misterio de la unión de Cristo con su Iglesia, según nos lo revela San Pablo (cfr. Ef 5,32).

Nos encontramos entonces que todas las gracias y mediaciones de santidad que se encuentran en la Iglesia, pueden ser vividas de modo análogo en el hogar cristiano. De modo “análogo” decimos que toda la Iglesia Católica está presente en cada una de las familias cristianas.

Nos referimos a; el ejercicio de la fe, esperanza y caridad; la unión de Cristo con su Iglesia, el perdón entre hermanos, la plegaria comunitaria, el actitud misionera ante la sociedad, el testimonio de cristianos, el don de la vida, las experiencias vitales del plan de Dios, la educación en la fe, los milagros de cada día, etc. Son todas realidades sobrenaturales que vivimos en la Iglesia Católica y que también las podemos vivir en la familia católica, por ser *ecclesia doméstica*. Claro está que no se reciben los sacramentos como signos sensibles de la gracia, sino que son disposiciones de la gracia

que se dan en la familia y la predisponen para recibir los sacramentos de parte de la Iglesia.

La experiencia bautismal se realiza en la familia cristiana

Cuando recibimos la gracia bautismal, nos hacemos hijos de Dios, hermanos de Cristo y herederos del Reino. Se quita la mancha del pecado original para tener acceso la vida de la gracia. Esa gracia regenerativa, nos configura con Cristo y con triple función de sacerdote, profeta y rey. Somos también ungidos con el crisma de la salvación.

Nuestra vida de santidad para llegar a la felicidad, consistirá en hacer actuar en nosotros esa virtud de la gracia que la Iglesia ha impreso en nuestras almas.

La Iglesia católica nos administra el sacramento del bautismo, y desde ahí, todos los sacramentos de la fe en Jesucristo. Actúa como un sacramento para nuestra salvación. Leemos en las obras de eclesiología:

En definitiva, al afirmar que la Iglesia es “como un sacramento”, el Concilio está enseñando que ella, en sí misma, es un instrumento de salvación, no su causa primera; que no obra en virtud propia, sino como canal de la gracia divina. Esto reafirma la profunda relación que existe entre el misterio de Cristo y el de la Iglesia, ya que es Cristo el que obra a través de ella (Ramos 2008: 123).

Si la Iglesia es como un sacramento y, si la familia cristiana es una Iglesia específica en la vida humana, será aquí también donde actúe ese “canal de gracia divina” cual iglesia doméstica que es. Nuestra propia familia se convierte en un instrumento de salvación porque es ahí donde se cumple el plan de salvación de Dios.

Culto espiritual que hace cultura católica

Este sacerdocio común de los fieles realiza su acción cultural en un “santuario”, en el santuario doméstico a través de la oración. En este sentido, *Familiaris consortio* nos habla de la familia como “el santuario doméstico de la Iglesia” (Cfr. *Familiaris Consortio*, 55). ¡Qué hermosa y profunda expresión! La belleza de la Pascua de Cristo, la belleza de la Iglesia, ahora puede estar realmente presente cada familia cristiana en la medida en que se constituye un “santuario”, es decir, un lugar santo, un espacio sagrado para dar y recibir los dones de Dios por el sacerdocio de los bautizados. Lo afirma el Catecismo de la Iglesia diciendo: “La familia cristiana es el primer lugar de educación para la oración” (CATIC nº 2694).

Es toda la vida de la familia, en el ejercicio de los sacramentos y su vida virtuosa que hacen presente lo divino, y en la oración este diálogo se hace personal y familiar. Dice la *Exhortación Apostólica*:

La familia cristiana está inserta en la Iglesia, pueblo sacerdotal, mediante el sacramento del matrimonio, en el cual está enraizada y de la que se alimenta, es vivificada continuamente por el Señor y es llamada e invitada al diálogo con Dios mediante la vida sacramental, el ofrecimiento de la propia vida y oración (*Familiaris Consortio*, 55).

En la mutua santificación de la vida conyugal se realiza un acto de culto; se plenifica el carácter bautismal que los llama a ser santos. El carácter bautismal de los cónyuges es unido con la gracia matrimonial, es decir, que viven su condición de bautizados siguiendo un mismo plan de salvación en sus vidas. Su alianza conyugal se establece

como un nuevo nacimiento para dar culto glorificando al Padre en la persona de Jesucristo. Así, edifican su casa sobre la “roca firme” donde se cimienta el hogar cristiano. (cfr. Mt 7,24-27)

Pero como sabemos, todo acto litúrgico del culto comunitario, se sostiene en el culto privado. Desde la fe personal, por medio de la oración privada, podrá afianzarse la fe familiar.¹⁴

Cuando la plegaria se hace “el alma” de las virtudes domésticas, una vez que esa plegaria es connatural a la vida familiar, entonces hay algo nuevo que está sucediendo.

Ese culto familiar se consolida en cultura familiar, por ser una familia cultural, y esa cultura familiar se transforma en cultura católica, en fermento cultural para la sociedad humana donde Dios quiso implantar esa iglesia doméstica.

El resultado de oración y vida, es una integridad que perfecciona al hombre y a la familia, que se hace cultura. Al respecto dice la madre Iglesia: “La plegaria constituye el empuje más fuerte para que la familia cristiana asuma y ponga en práctica plenamente sus responsabilidades como célula primera y fundamental de la sociedad humana” (*Familiaris Consortio*, 62).

Tanto la “cultura” como la “oración” abarcan dos principios fundamentales, estos son: la universalidad y la trascendencia, la universalidad metafísica y la trascendencia teológica.¹⁵ Como la perfección del hombre no acaba en el orden natural sino en el orden sobrenatural, no hay cultura sin religión.¹⁶

Pero ¿qué entendemos por cultura? Lejos de ser una fuente intelectual de conocimientos especulativos a modo enciclopedista, estamos hablando de una cultura que hace al hombre y a la familia cristiana ser verdaderamente lo que es, lo que Dios quiere que sean.

Por lo tanto, podemos decir que “cultura” es el conjunto de hábitos con los cuales el hombre, inserto en su hábitat natural, su patrimonio histórico, su lengua, su herencia, sus costumbres y sobre todo su fe, se ordena a la adquisición de su perfección personal y social.

Cuando hablamos de cultura, hablamos prioritariamente de la perfección de la persona y secundariamente de la perfección de la sociedad, a la cual llamamos civilización. De este modo, cultura y civilización, lejos de contraponerse, se integran. El drama de la sociedad contemporánea es que es una civilización (técnica y ciencia) sin

14 Cfr. *Familiaris Consortio*, 61. Donde también agrega: “Para preparar y prolongar en casa el culto celebrado en la iglesia, la familia cristiana recurre a la oración privada, que presenta gran variedad de formas.”

15 Cfr. *Fides et Ratio* n° 70: “En una expresión tan simple está descrita una gran verdad: el encuentro de la fe con las diversas culturas de hecho ha dado vida a una realidad nueva. Las culturas, cuando están profundamente enraizadas en lo humano, llevan consigo el testimonio de la apertura típica del hombre a lo universal y a la trascendencia.” Cfr. J. RATZINGER, *Fe, verdad, tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Sígueme, Salamanca 2005.

16 Cfr. Melina 2009: 20: “La cultura reclama también el *culto*, con el que mantiene un nexo estrechísimo, no solamente de tipo fisiológico, siendo el culto el momento en el que en el interior de una sociedad viene expresado mediante ritos y símbolos el ligamen (*religio*, de “religare”) con lo divino, que constituye el significado último de la experiencia.”

cultura. Los hábitos o costumbres son accidentales, en cambio los hábitos perfectivos de la persona y la sociedad son esenciales.

Este orden ontológico del hombre y la naturaleza, se ve perfeccionado por la transfiguración que experimentan al actualizar los atributos trascendentales de la verdad, el bien y la belleza (Cfr. Melina 2007: 38). Estas dos realidades se encuentran e integran, el mundo y Dios, el ser humano y su creador, el hombre y el Padre.

A diferencia de algunas religiones, la sabiduría de la Iglesia católica se evidencia en que ya no son dos realidades excluyentes sino integradas en un mismo amor por la acción cultural. Esta idea la afirma A. Fosbery cuando asegura: “En definitiva, la cultura es sabiduría y, como tal se manifiesta en una secuencia de principios iluminativos y ordenadores que surgen del encuentro de la fe con la razón, de la naturaleza con la gracia, del orden natural con el sobrenatural, que hacen posible lo católico como cultura” (Fosbery 1999: 288).

Por lo expuesto, en la familia cristiana que viva de acciones espirituales y culturales, responderá así al llamado del beato Juan Pablo II cuando nos insta a: “Promover un cultura de la familia” (Juan Pablo II, *Discurso del 31 de mayo de 2001 a los profesores y estudiantes del Pontificio Instituto Juan Pablo II*, n° 5).

La transmisión de la fe en la vida familiar

Los primeros evangelizadores

Si nos detenemos a ver dónde reside el motor primero de esta vivencia del Evangelio en el hogar, podremos encontrar un principio divino y uno humano. Sobrenaturalmente, es el Espíritu Santo quien acrecienta la fe en los miembros de la familia; y naturalmente, son los padres quienes tienen el privilegio de poner en movimiento la fe de sus hijos.

Los padres son los primeros evangelizadores de sus hijos, no por el orden cronológico, sino por el orden a su naturaleza propia de la misión de ser padres. Es decir que les corresponde propiamente educarlos en la vida virtuosa, más allá que existan casos en que necesiten de un subsidio educativo temporal (o permanente), por alguna razón de fuerza mayor, como es el caso de la educación escolar.¹⁷

Los padres, deberán crecer permanentemente en una formación adecuada para poder dar, humanamente, algo tan sagrado, a personas tan amadas por Dios. Esta formación consiste primariamente, en que el padre y la madre se hayan encontrado existencialmente con el Señor Jesucristo. Por ello afirmamos con el Concilio: “Siendo Cristo, enviado por el Padre, fuente y origen de todo el apostolado de la Iglesia, es evidente que la fecundidad del apostolado seglar depende de su unión vital con Cristo, porque dice el Señor: “El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer” (Jn 15,4-5)” (*Apostolicam actuositatem*, n° 4).

17 Cfr. Calavia 1994: 162. Hay acciones educativas que difícilmente pueden ser asumidas por los padres cristianos como por ejemplo las que indica Calavia: “Presentación sistemática y crítica de los saberes del acontecimiento cristiano y de la Tradición (biblia, liturgia, dogmas, moral, historia). Facilitar a los alumnos el diálogo fe-cultura. Educación del sentido religioso de la vida, de cara a una síntesis fe-vida.” Cfr. Sagrada Congregación Para La Educación Católica, *La escuela católica*, n° 73. Pese a esta necesidad, prevalece lo que dice el magisterio de la Iglesia a los padres cristianos sobre la elección de una escuela católica: “El haberla elegido no los exime del deber personal de educarlos cristianamente”.

La transmisión de la fe es el apostolado más noble que los padres puedan realizar, según nos dice Juan Pablo II: “Todos los esfuerzos de los padres por infundir el amor de Dios en sus hijos y sostenerlos con el ejemplo de su fe, constituye uno de los apostolados más excelentes del siglo XX” (Juan Pablo I, *Discurso en vista “ad limina apostolorum” del 21 de septiembre de 1978*).

Además, es importante que cuenten con la ayuda de buenos amigos, otros matrimonios cristianos y personas idóneas para crecer en la vocación matrimonial y el cumplimiento de la misión como padres.

Finalmente, podemos asegurar que: “El que una sana espiritualidad envuelva toda la vida familiar es el mayor de los bienes que podemos dar a nuestros hijos” (Riesgo y Pablo 2006: 74).

Nos disponemos ahora a analizar a la familia como escuela de virtudes y luego como educadora de la fe.

Una escuela de virtudes

Los padres, cuando llevan a bautizar a su hijo, están reconociendo y descubriendo que ese niño le pertenece a otro, que es Dios. Pero el Señor le confiere la misión de educar a su prole. Para ello les confiere a los padres todos los dones necesarios para cumplir tan noble misión.

Este es un punto enriquecedor y vital para tratar sobre el matrimonio y familia que ha sido expuesto satisfactoriamente por M. Palet, en que ahonda la vida virtuosa doméstica; ella dice: “La misión fundamental e irrenunciable de la familia y muy específica de los padres es la educación de los hijos para la virtud; la perfección de las facultades de sus hijos y, muy especialmente, la rectificación de su voluntad por la ordenación del amor” (Palet 2007: 19).

En esta experiencia de las virtudes domésticas, tiene un lugar principal los ritos propios de la vida familiar. Entre ellos, el momento de la comida familiar, aparece como un elemento básico en la educación de los hijos. Cada uno de los “rituales” que se realice, habrá que hacerlos con un modo ceremonioso, porque son expresión de la identidad familiar y un excelente estilo de vida para la educación familiar.¹⁸

18 Cfr. Prats 2009: 23-26. En este Capítulo afirma el autor: “Los gestos y palabras constitutivos del ritual –especialmente cuando éste es festivo– se graban profundamente en el alma y la psicología del niño. No es necesaria la elucubración racional para captar su significado. Así, a través de una acción simple como apagar unas velitas de una tarta, el niño se persuade de que su existencia, su presencia en el mundo, es digna de ser celebrada.

Adornar la casa, encender más luces de lo habitual, sacar una vajilla que permanecido guardada durante meses, estrenar un vestido nuevo... detrás de cada uno de estos signos captamos profundos significados de forma intuitiva. Nosotros no guardamos las tradiciones, las tradiciones nos “guardan” a nosotros.

No a fuerza de repetirlos pierden por ello los rituales sus facultades para sorprendernos. Son viejos, pero encierran siempre una novedad porque cada uno de nosotros les asocia las nuevas vivencias propias de cada momento de su evolución personal.

Las expectativas de un viaje preparado con cariño, la visita anual a un asilo de ancianos, las celebraciones ligadas al año litúrgico. Todo ello ha configurado, ha dado forma a nuestro mundo más que los discursos especulativos que nos han dirigido nuestros padres y educadores.

Acciones ceremoniosas. Los hechos más significativos de nuestra existencia tienen ese carácter. El nacimiento, el matrimonio, la muerte. También la relación sexual debe ser ceremoniosa. Todo aquello que

La educación cristiana de los padres es una forma de culto a Dios, un servicio de entrega generosa a Dios en sus propios hijos. *Cuanto hicisteis a unos de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis*, (25,40) (Caffarel 1993: 202).

Siendo los padres los formadores en la virtud, es conveniente crear espacios para que se dé un encuentro personal con cada hijo. En este sentido sería bueno, que el padre y la madre, o uno de ellos, al terminar la jornada invite a cada hijo a tener un momento de conversación en “secreto”. Esta es una “formación personal” de los padres a sus hijos, donde ellos le podrán hacer preguntas como: “¿Quieres contarnos algo? ¿Tienes algo que decirnos? ¿Cómo te ha ido en el colegio con el compañero que te peleabas?” Podríamos ver en esta acción una analogía con el sacramento de la confesión, donde el sacerdote actúa como maestro, juez y guía del penitente. Así, los padres también pueden formar en la virtud, especialmente en aquellos hogares donde la fe es más insipiente.

La transmisión de la fe en la familia¹⁹

Este importante apartado sobre la educación en la fe, hemos querido ubicarlo en este capítulo porque vemos que es una obligación, a la vez que un derecho, de los padres que surge en el mismo consentimiento matrimonial.

En el día del boda, el celebrante interroga a los novios sobre la libertad, la fidelidad y la aceptación del otro y, finalmente, sobre la educación de la prole. Este diálogo se realiza antes y como condición del consentimiento de los contrayentes. El celebrante pregunta: “¿Estáis dispuestos a recibir de Dios responsable y amorosamente los hijos, y a educarlos en según la ley de Cristo y de su Iglesia?”

Por un lado se recuerda que los hijos son propiedad de Dios, y ellos serán colaboradores de ese plan de santidad para ellos. Desde esa perspectiva debemos ver y tratar a los hijos. Los padres son procreadores y no reproductores de sus hijos, asociados a la acción creadora y primigenia de Dios. Por esta razón Santo Tomás nos enseña que los niños, después de haber estado en el seno materno, están bajo el cuidado de sus padres como contenidos en un “útero espiritual” (Cfr. S. Th. II-II c.10 a.12c).

El beato Juan Pablo II nos los remarca, porque esta misión primaria de los padres no puede ser relegada, aplazada, descuidada, ni relativizada, aunque sí es necesario que otros ayuden a esta misión esencial de los padres. Dice el Papa:

El derecho-deber educativo de los padres se califica como *esencial*, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como *original y primario*, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como *insustituible e inalienable* y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros (*Familiaris consortio*, n° 36).

está ligado al amor se rodea de ceremonial. Sólo la hedónica cultura del instante en la que nos hallamos inmersos (*¡disfrútelo ya!* como lema) despoja a los actos humanos de la ceremonia que los dignifica, convirtiéndolos en banales. De entre los rituales diarios u ordinarios, la comida familiar, es especialmente relevante.”

19 Cfr. Benedicto XVI, *Discurso del 8 de julio de 2006*. Este mensaje fue pronunciado en el V Encuentro Mundial de las Familias que se realizó en Valencia cuyo tema fue: “La transmisión de la fe en las familias”.

La fuente de la educación es el amor, pero no un amor enseñado sino experimentado en la unión dual del hombre y la mujer. Este amor se convierte en ejemplo que a la vez es “ejemplarizante” para sus hijos, ellos descubren el amor educativo en la percepción que tienen. Lo corrobora M. Palet al decir: “Los padres, con su acción amorosa y educativa, ejemplo ejemplarizante para el hijo, se convierte indiscutiblemente en la razón primigenia capaz de inclinar las potencias apetitivas del hijo hacia un bien concreto y particular” (Palet 1007: 30).

La oración de estos “maestros” acrecienta la fe de los hijos. Qué hermoso sería que los hijos sepan que los papás están con Dios, que están rezando a Dios juntos, porque se quieren. Así también se transmite la fe.

Es así como la familia, por medio de la vida virtuosa que surge del amor, y en especial por la transmisión de la fe, donde se fragua la misma familia y adquiere un ser completo y propio. Santo Tomás designaba como una “segunda naturaleza”, la vida en la virtud de los hombres.

La familia natural tiene ahora la posibilidad de tener un alma que la configure como “cristiana”, que la haga sobrenatural, que la haga una familia santa. Por esto agrega la autora anteriormente citada: “La familia, y especialmente los padres son forjadores de la segunda naturaleza virtuosa del hijo porque en su acción educativa satisfacen de forma natural los requisitos que exige el modo de ser virtuoso” (Palet 1007: 31).

Esta segunda naturaleza en la familia que adquiere por el ejercicio de las virtudes cristianas, hace que se sea un signo manifiesto de la unión de Cristo y la Iglesia para el mundo de hoy.

La liturgia de la oración matrimonial

La vocación matrimonial

Hemos contemplado el misterio de Nazaret, y como el matrimonio establecido entre José y María viven en alabanza a Dios junto con su hijo Jesús, a quien educan en la fe de Israel.

El matrimonio cristiano, observando el santo matrimonio de José y María, puede descubrir de un modo más intenso su propia vocación matrimonial. El designio salvífico que Dios ha impreso en su historia personal para ser santos, para santificarse mutuamente, para responder a la llamada de ser esposos y padres, sabiendo que toda paternidad es una participación de Dios, porque recibe su nombre de Él. Juan Pablo II los insta a permanecer firmes en esta llamada: “Creed en vuestra vocación, en esa hermosa vocación al matrimonio y a la paternidad que Dios os ha dado” (Juan Pablo II, *Homilía en Limerick, 1 de noviembre de 1997*).

Si contemplamos el misterio de la Sagrada Familia, descubrimos que estando desposados José y María, en su tiempo de “novios”, antes de llegar al día de la boda y vivir juntos, Jesús ya se estaba gestando en las entrañas de María. Ella había concebido virginalmente al *Verbum Dei* por obra y gracia del Espíritu Santo y éste crecía en su seno. En este sentido es muy importante el tiempo de noviazgo para discernir la vocación matrimonial y descubrir cuál es la persona que Dios ha pensado para ser el

cónyuge.²⁰ Son muchos los novios que han querido que Dios sea el Señor de su noviazgo y la “roca firme” de su amor.

Es la institución del matrimonio de derecho natural, por ser connatural al hombre. Se da una alianza natural de amor en las personas por ser esta institución la más cercana a la misma naturaleza humana, por ser una sociedad simple que surge de los instintos primordiales del ser humano.²¹

Ahora bien, Cristo hace que esta unión natural sea un signo sensible de su gracia, un sacramento para la salvación del hombre. Nos dice la Iglesia:

La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados (*Código de Derecho Canónico*, n° 1055 a.1).

Obviamente, la espiritualidad conyugal supone también el permanente buen diálogo que debe existir entre los esposos. Es conveniente que busquen constantemente espacios para dialogar de todos los temas que respecta a sus vidas, como seguramente lo hicieron en el tiempo de encuentro y conocimiento mutuo que conlleva el noviazgo.

La oración matrimonial

Así como hemos descubierto el modo en que ora la Iglesia por el matrimonio, ahora veamos cómo el matrimonio puede orar. Esta oración matrimonial será una extensión de su alianza nupcial, de su día de boda; será como desplegar la sábana del lecho conyugal que cubre todo el ser de ambos, un mismo lienzo que es signo de la unidad en el amor.

¿Cuáles serían las maneras concretas de experimentar esta oración conyugal? Encontramos en la respuesta en el Directorio para la pastoral familiar, cuando nos enseña:

Hay que destacar aquí la *plegaria familiar* que, fundada en la oración conyugal del matrimonio, se extiende con la enseñanza y acompañamiento de las primeras oraciones a los hijos, para acabar en "una oración hecha en común, marido y mujer juntos, padres e hijos juntos" (FC 59). Además de la *Eucaristía dominical*, verdadera fuente de la espiritualidad familiar (cfr. FC 61), se recomiendan también la participación Eucaristía diaria, si ello es posible, así como la lectura de la Palabra de Dios, la Liturgia de las Horas, y el rezo del Santo Rosario. Así se convierte la convivencia cotidiana en diálogo con Dios y se santifican todas las tareas y vivencias (C.E.E., *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, LXXXI Asamblea Plenaria, Madrid 2003, n° 259).

Así pues, los principales modos de la oración conyugal son: la eucaristía, la lectio divina, la liturgia de las horas y el rezo del rosario.

20 Cfr. Cantera 2011: 75. El Beato Francisco Castelló Aleu (+1936). Fue un joven profesional que muere mártir por su fe católica perdonando a sus verdugos. En la carta que escribe a su novia antes de ser fusilado, muestra cómo experimentaba su noviazgo según el querer divino, anteponiendo el amor a Dios. Leemos en el inicio de su carta: “Querida Mariona: Nuestras vidas se unieron y Dios ha querido separarlas. A Él le ofrezco, con toda la intensidad posible, el amor que te profeso, mi amor intenso, puro y sincero.”

21 Cfr. Leclercq 1961:13. En esta obra podemos ahondar ampliamente esta arista de los principios y la naturaleza de la institución familiar.

La celebración de la eucaristía

Se conmemora la alianza conyugal cada vez que los conyugues participan de la santa misa. La Eucaristía es “fuente y cima de toda la vida cristiana” (LG, 11). Todos los sacramentos, los acontecimientos de la vida, las ofrendas que hacemos, el apostolado, se ordenan a la eucaristía. Leemos en el Catecismo:

La Eucaristía es el corazón de la vida de la Iglesia, pues en ella Cristo asocia su Iglesia y todos sus miembros a su sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido una vez por todas en la cruz a su Padre; por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación sobre su Cuerpo, que es la Iglesia (CATIC 1407).

La vocación a la santidad del matrimonio se hace culto espiritual cuando se ve plenificado en la celebración eucarística, porque su mismo lenguaje corporal constituye un signo sacramental. En esta misma línea afirma Carmen Álvarez:

Y esta sacramentalidad de la corporeidad humana es la potencia más profunda en la que se apoya el carácter sacramental del cuerpo eucarístico de Cristo. Esa sacramentalidad del cuerpo sexuado, de masculinidad y feminidad, es lo que hace afirmar a Juan Pablo II que “la expresión litúrgica llega a ser *lenguaje del cuerpo*” y el lenguaje del cuerpo es una “ininterrumpida continuidad del *lenguaje litúrgico*”. De ahí que el misterio *sacrum* que celebra la liturgia ahonde sus raíces en el misterio del principio, es decir, en la masculinidad y feminidad y en el lenguaje del amor humano, que es, en cierto modo, lenguaje eucarístico (Álvarez Alonso 2010: 115-116).

Así es como los esposos, cuando participan habitualmente de la eucaristía, están haciendo presente el *misterio* unitivo de su amor originario, por medio de Jesucristo sacramentado.

La escucha de la Palabra de Dios

La Palabra de Dios debe ocupar un espacio fundamental en la vida conyugal, porque allí descubrirán el plan que Dios tiene para el matrimonio y su familia. Esta idea estuvo presente en el Sínodo de los obispos que dio lugar a la *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini* (85):

Esta tarea de escuchar la Palabra de Dios es tan importante que la Iglesia pide a los pastores que debe estar promocionada por toda la comunidad eclesial. Nos dice el Papa: “La comunidad eclesial ha de sostenerles y ayudarles a fomentar la oración en familia, la escucha de la Palabra y el conocimiento de la Biblia” (85).

Porque en la historia personal y matrimonial, necesitan saber lo que Dios tiene que decirles, tanto en momentos favorables como cuando la situación es adversa. La Palabra será una roca firme para los combates diarios del camino de santidad que los cónyuges deben recorrer; por eso el Sínodo nos hace la siguiente proposición: “Los esposos han de recordar, además, que la Palabra de Dios es una ayuda valiosa también en las dificultades de la vida conyugal y familiar” (85).

Para la escucha de la Palabra de Dios, la *Lectio divina*, ocupa un lugar privilegiado, dado que ahí es donde el Señor habla a quien quiere escucharle, es la lectura orante de la Palabra que deja su huella en el alma. Leemos en la *Exhortación apostólica*: “El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente, en los

diferentes ministerios y estados de vida, con particular referencia a la *lectio divina*” (86).

Orar con la *lectio divina* en el matrimonio, haría que se viva una más intensa espiritualidad conyugal, por medio de la revelación escrita e iluminada por el Espíritu Santo.²²

La liturgia de las horas

Según Pablo VI después de la celebración de la eucaristía, presencia real del Cristo, le sigue la celebración de la Liturgia de las Horas, cumbre de la oración doméstica. Es ahí donde se penetra y transfigura el tiempo de cada día mediante esta celebración en fidelidad a las recomendaciones reveladas de orar “sin cesar” (1Ts 5,17; Ef 6,18).

Según el Magisterio eclesial, la Liturgia de las horas es “la oración pública de la Iglesia”, en la cual los fieles (clérigos, religiosos y laicos) ejercen el sacerdocio real de los bautizados (CATIC, n° 1174). No es una oración exclusiva de los consagrados, sino de todo el Pueblo de Dios; “realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre” (Sacrosanctum Concilium, n° 84).

De acuerdo con las directrices conciliares, Pablo VI nos señala la importancia del rezo de la Liturgia de las Horas, incluso celebrada en los hogares cristianos: “Conviene que la familia, en cuanto sagrario doméstico de la Iglesia, no sólo eleve preces comunes a Dios, sino también recite oportunamente algunas partes de la Liturgia de las Horas, con el fin de unirse más estrechamente a la Iglesia. No debe quedar sin intentar nada para que esta clara indicación halle en las familias cristianas una creciente y gozosa aplicación” (PABLO VI, *Exhortación apostólica Marialis Cultus*, n° 53).

Es un espacio perfecto donde el matrimonio se encuentra para darle alma a su relación conyugal, para espiritualizar su unión carnal.

Es un espacio adecuado para vivir en la intimidad espiritual, donde los dos oran como una misma alma, con un mismo corazón, con una misma intención.

Es un espacio ideal, para escuchar a Dios por medio del silencio que hacemos después de la lectura breve, para dar lugar a la meditación personal, para dar gracias por los dones y para pedir en común por las necesidades.

Finalmente, la Liturgia de las horas, es un espacio idóneo para expresar el afecto mutuo que se tienen; por lo cual pueden unir las manos mientras oran, tal cual lo hicieran el día donde se manifestaron su consentimiento matrimonial.

El rezo del Rosario

Le sigue una de las más excelentes y eficaces oraciones en común, el rezo del santo Rosario. Esta oración, a la que está invitada toda la familia, hace presente el misterio de Jesucristo y de la Madre de Dios en medio del matrimonio. De este modo, contemplando la vida de su Hijo y pidiendo su intercesión, pueden llegar a ser un matrimonio santo y fieles esposos.

22 Cfr. CATIC, n° 2654. Encontramos aquí un hermoso consejo espiritual de Guido, el cartujano, de uno los Padres espirituales, con respecto a la lectura orante de la Sagrada Escritura: “Buscad leyendo, y encontraréis meditando; llamad orando, y se os abrirá por la contemplación”.

La expresión más acabada sobre esta oración en familia la recogemos del Papa Pablo VI:

Después de la celebración de la Liturgia de las Horas —cumbre a la que puede llegar la oración doméstica—, no cabe duda de que el Rosario a la Santísima Virgen debe ser considerado como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar”.

Tiene también la cualidad de poder rezarlo en cualquier tiempo y lugar, está siempre cercano si queremos recurrir a María; en un viaje, en casa, de camino al trabajo o en reunión con familiares.

La liturgia de la oración familiar

La familia orante

La concreción de la idea en la realidad es un aporte clave del pensamiento aristotélico-tomista, y esta acción responde la intención de este trabajo. Dice el Doctor Angélico: “El entendimiento especulativo no ordena lo que percibe a la acción, sino la consideración de la verdad. Por su parte el práctico, ordena lo aprehendido a la acción” (S. Th. I, c.79, a.11).

Si nos quedásemos en la mera especulación de la oración en familia, sin hacer una propuesta concreta que mueva el corazón de los matrimonios a orar, este intento quedaría truncado.

Habiendo estudiado teológicamente a la familia en su espiritualidad, unida a Dios por la oración, es cuando podemos contemplar ahora a una *familia orante*, la cumbre espiritual para su santidad. No nos referimos a que la familia sea “rezadora”, repitiendo oraciones piadosas, sino que ejercite las virtudes cristianas en el seno familiar y las hagan oración. De este modo, la familia se podrá hacer incienso de oblación agradable al Padre para su gloria. Y de todas las virtudes, la familia deberá comenzar por la virtud de la fe, ser una verdadera familia de fe, para que desde ahí engendre, el amor, el servicio y finalmente alcanza la paz.

La fe de la familia es el Credo de la Iglesia, y esta fe salvará a la familia, dice el Papa, y deberá buscar el modo de fortalecerla. El Papa invita a buscar una “receta” que favorezca a las familias a vivir desde la oración:

Sólo la fe en Cristo, sólo la participación en la fe de la Iglesia salva a la familia; y, por otra parte, la Iglesia sólo puede vivir si se salva la familia. Yo ahora no tengo la receta de cómo se puede hacer esto. Pero creo que debemos tenerlo siempre presente. Por eso, tenemos que hacer todo lo que favorezca a las familias: círculos familiares, catequesis familiares, enseñar la oración en familia. Esto me parece muy importante: donde se hace oración juntos, está presente el Señor, está presente la fuerza que puede romper incluso la “esclerocardia”, la dureza del corazón que, según el Señor, es el verdadero motivo del divorcio. Sólo la presencia del Señor, y nada más, nos ayuda a vivir realmente lo que desde el inicio el Creador quiso y el Redentor renovó. Enseñar la oración en familia y así invitar a la oración con la Iglesia. Y encontrar luego todos los demás modos (BENEDICTO XVI, *Discurso del 2 de marzo de 2006*).

Una respuesta a este desafío es la “Oración familiar” que debe ser el alma de la misma familia, de la “iglesia doméstica” donde se hace presente el Señor. “Porque

donde hay dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos” (Mt 18,19-20). De este modo, la familia cristiana pasa a ser *el Santuario doméstico de la Iglesia* por ser *una comunidad en diálogo con Dios* (Cfr. Riesgo y Pablo 73-84).

Esta dimensión teologal de la familia orante, la orienta ascendentemente hacia Dios Padre, por medio de su Hijo por la acción del Espíritu. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

La familia cristiana es el primer ámbito para la educación en la oración. Fundada en el sacramento del Matrimonio, es la ‘iglesia doméstica’ donde los hijos de Dios aprenden a orar como Iglesia y a perseverar en la oración. Particularmente para los niños pequeños, la oración diaria familiar es el primer testimonio de la memoria viva de la Iglesia que es despertada pacientemente por el Espíritu Santo (CATIC, n° 2685).

Con estas palabras del Catecismo hemos querido dar comienzo a nuestra propuesta de oración en la vida familiar.

Buscando una oración “continua” en la vida familiar

La oración en la familia requiere que sea constante, en las diversas circunstancias y lugares donde se mueva, acompañando la jornada diaria; por ello proponemos:

- Comenzar el día con una oración de alabanza.
- Aprovechar los traslados al colegio para recitar alguna oración. También algún viaje o excursión que se realice.
- Rezar el Ángelus al mediodía, también puede ser por la mañana y por la tarde.
- Bendecir la mesa. Esta plegaria adquiere un significado más importante. Antes de comer y cenar, cuando la familia está reunida en torno a la mesa para compartir los alimentos, se bendice a Dios por el “pan de cada día” y por todos los dones, manifestando la esperanza de que algún día pueda estar presente toda la familia compartiendo la mesa celestial del Cordero inmaculado en el Reino Eterno. Esta buena práctica debería ser habitual en todas las familias cristianas.
- Además, proponer a los niños las oraciones propias para antes de estudiar o hacer los deberes.
- Leer junto con ellos narraciones del AT y NT, así como la vida de santos.
- Tener un espacio especial para hacer *Oración familiar*.
- Finalmente, hacer una oración antes de acostarse para pedir: el perdón de las faltas cometidas, el auxilio divino, la protección de la Virgen y la bendición de Dios.

Todos estos momentos que hemos indicado son espacios convenientes para buscar una permanente oración en la vida familiar. Ahora bien, queremos detenernos especialmente en presentar una “liturgia” de oración familiar, la cual pasamos a detallar.

Una propuesta de liturgia para la oración familiar

Sobre el lugar y el tiempo de hacer la oración familiar

Para insertarnos en una liturgia familiar para orar, el catecismo de la Iglesia nos enseña que la elección de un lugar favorable no es indiferente para la verdad de la oración, tanto para la oración personal, como para la plegaria comunitaria. Nos propone un “rincón de oración”, donde esté presente las Sagradas Escrituras e imágenes, siguiendo las palabras del Señor en el Evangelio de estar “en lo secreto” ante nuestro

Padre. (cfr. Mt 6,6). Así pues, en una familia cristiana este tipo de pequeño oratorio favorece especialmente a la oración en común (Cfr. CATIC, n° 2691).

En este sentido, hacemos la propuesta para que en el hogar exista un “rincón de oración”. Por ello es importante que se elija el lugar más importante y bello de la casa, como puede ser alrededor de la mesa del comedor o en los sillones. Sería ideal tener un espacio fijo en la casa para que esté el “oratorio familiar” expuesto durante todo el día y preparada la mesa de la palabra para el momento oportuno.

La Iglesia nos propone que hagamos una oración “diaria” familiar, es decir, no dejar pasar el día sin hacer un acto de presencia del Señor.

Para la oración familiar, se deberá buscar un momento propicio para lograr un buen clima. Durante la semana, de lunes a viernes, sería mejor por la tarde o la noche, antes o después de la cena. Es el momento donde suele estar presente toda la familia. Si los niños se acuestan pronto, puede ser antes de cenar para que no estén cansados a la hora de rezar. Si son un poco mayores, después de la cena sería mejor, porque están más relajados, sin hambre, y los padres le podrán dar la bendición inmediatamente antes de ir a dormir.

El fin de semana es más oportuno hacer la oración familiar por la mañana; tanto el sábado, que es el día que consagramos a María, como el domingo que es el día del Señor. De este modo podemos santificar el día consagrándoselo a Dios. Además, por las distintas actividades propias de esos días (excursiones, deporte, centro juvenil, etc.), se torna más difícil orar en familia al avanzar la jornada.

En todo caso, la oración familiar, será un espacio donde comenzará a latir el corazón de la familia, y si descubrimos la importancia de esta plegaria, encontraremos el tiempo necesario para realizarla. Se trata de comprender verdaderamente que: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4).

Finalmente, sabiendo ya que la familia se hace misionera, al transmitir el Evangelio, este momento de plegaria, este rincón de oración, hace posible invitar a los prójimos, a los familiares y amigos, incluso a aquellos que no creen, a participar de la oración y de la mesa familiar. Será un testimonio de fe de la familia orante.

Vamos a pasar ahora a exponer una “receta” para esta oración diaria familiar.

Signos litúrgicos para la oración familiar

En primer lugar, queremos detallar los elementos que serían necesarios para esta propuesta de liturgia doméstica:

La Sagrada Escritura: La Sagrada Biblia, o Biblia de Jerusalén, o Biblia para niños (en el caso que se haga una lectura continuada de un relato).²³

Un crucifijo en pie: Para este signo, nos parece adecuada la Cruz de San Benito. Si se ve conveniente, que la sostenga una base de roca (símil-roca), significando el hombre prudente que construye su casa sobre roca, que es Cristo, la piedra angular. (Mt 7,24-29). También, podría ser la “Cruz de San Damián”, por el simbolismo evangélico que conlleva.

23 Cfr. *Verbum Domini*, n° 58 cuando aconseja: “El Sínodo desea que cada casa tenga su Biblia y la custodie de modo decoroso, de manera que se la pueda leer y utilizar para la oración.”

Cuatro manteles de color: Se colocarán según el tiempo litúrgico correspondiente (morado, blanco, verde y rojo). De borde dorado y de forma cuadrado, de 72 cm por cada lado, significando los discípulos de Cristo (Lc 10,1-17).

Un cirio: Su dimensión conviene que sea ancha, de unos 7 cm aprox. La luz es la presencia del Espíritu del Cristo resucitado.

Icono de la Sagrada Familia: Proponemos el de la escuela bizantina rumana.

Agenda litúrgica: (con hojas en blanco) dado que tiene las citas de las lecturas diarias, color litúrgico, santoral, fiestas y fechas importantes de la Iglesia. Allí se escribirá todo lo sucedido en la intimidad de la oración familiar: peticiones, acontecimientos familiares, anécdotas de los niños, etc.

Para los sábados: *Imagen de la Virgen María.* Nos parece muy adecuada la figura de la aparición en Fátima, o la imagen de alguna advocación particular de la familia (estatuilla o icono de unos 15 cm aprox.), y también el *Santo Rosario*.

Para los domingos: *Un fracción de pan y una copa de vino* (que se consumirá en la comida de ese día).

La Liturgia de las horas y el Catecismo de la Iglesia Católica: Vemos conveniente también, apoyarse en algún devocionario, cantoral y audio de cantos.

Diversos signos para los tiempos litúrgicos

Siguiendo la tradición litúrgica de la Iglesia y su pedagogía religiosa, es conveniente que vayamos acompañando los tiempos litúrgicos con los signos propios de cada celebración. Para ello proponemos lo siguiente:

Adviento: Corona de adviento (reemplaza a la vela).

Navidad: Imágenes del misterio del nacimiento con; José, María y el Niño.

Cuaresma: Para crear un espacio con signos que nos inviten a la conversión y la penitencia, podemos colocar arena en un plato, preferente de barro, esto es signo de Cristo en el desierto y del Pueblo de Israel que peregrina hacia la Tierra Prometida. Además, para el miércoles de ceniza, un puñado de ceniza, en un pequeño recipiente, signo de la llamada a la conversión.

Pascua: Un cirio más grande que el habitual (20 cm aprox). También, agua bendita en un recipiente, preferentemente de barro, como un plato hondo o cazuela. Es para renovar el compromiso bautismal del tiempo pascual o en el aniversario de bautismo.

Solemnidades: Incienso en grano (el que se usa en la misa), en un pequeño recipiente con carbón.

Fiestas de los santos: Podemos utilizar la imagen del Ángel de la guarda y la estampa del Santo que se celebra ese día.

Rito para la celebración de la oración diaria familiar

Presentamos ahora un sencillo rito litúrgico para la oración familiar que consiste en una “Celebración de la Palabra” adecuada para el hogar cristiano:

- Canto.
- Santiguarse. Comienza la oración presidida por el padre (cabeza de familia).
- Invocación al Espíritu Santo.

- Si es oportuno, petición de perdón y reconciliación entre los miembros de la familia.²⁴
- Proclamación de la Palabra (por parte de los padres).²⁵
- Explicación, aplicándola en la vida concreta de la familia e iluminando las circunstancias cotidianas. Vivir el hoy” de la vida familiar.²⁶
- Si toca, aquí se relata la vida del santo del día para mover a imitar sus virtudes.
- Consejos y bendiciones que los padres quieran dar a sus hijos de orden natural y sobrenatural.
- Peticiones y acciones de gracias. La plegaria tiene como contenido las necesidades de la Iglesia y de la misma familia.
- Padrenuestro. Y si es oportuno, que se den la paz.²⁷
- Una oración a María: Ave María, Salve, Bendita sea tu pureza, A tu amparo.
- Alguna oración especial. Lo más propia sería la oración de la Sagrada Familia: el *Shemá* (Mc 12,28-34).²⁸ También podemos hacer presente la oración por la familia del Papa.
- Oración al Ángel de la guarda.
- Gloria.²⁹
- Canto final.
- Bendición de los padres a sus hijos.³⁰

Sábados: Presencia de María (Celebramos Santa María in sabato). Proponemos el rezo del *Rosario en familia*. “El rosario es una oración para la familia y en familia” (Cuadrado Tapia 1995: 33). Este día se puede acompañar con un icono especial de la Virgen María que se colocará los días sábados.

Domingos: La presencia de Cristo como alimento eucarístico en el pan y el vino (no es presencia real sino como signo). Proponemos rezar *Laudes en familia*.

La oración familiar con hijos pequeños

Está liturgia de oración familiar que hemos presentado, está pensada para familias con niños pequeños.

24 Cfr. *Familiaris Consortio* 58 afirma: “El arrepentimiento y perdón mutuo dentro de la familia cristiana que tanta parte tienen en la vida cotidiana.”

25 BENEDICTO XVI, *Ángelus del 2 de julio de 2006*: “La familia es un organismo vivo, en el que se realiza una circulación recíproca de dones. Lo importante es que no falte nunca la palabra de Dios, que mantiene viva la llama de la fe”.

26 C.E.E., *op. cit.*, n° 68: “La unión en una vida familiar entre el amor humano y el amor de Dios, la oración y el trabajo, la intimidad y el servicio, la gratuidad, la acción de gracias y el perdón, el modo de unirse en los acontecimientos dolorosos y la misma muerte de los seres queridos, son el modo de *vivir la fe en la cotidianidad*.”

27 El domingo es día propio para hacer el gesto fraterno de “la paz”.

28 El modelo de oración familiar es la Sagrada Familia de Nazaret; *Shemá Israel* (Dt 6,4-9), reconocido por Cristo en el evangelio de San Marcos 12,29-31 como el camino de la perfección en la santidad.

29 Un modo de concluir haciendo nuevamente presente la Santísima Trinidad en la vida familiar, orientando a la familia hacia la glorificación de Dios.

30 Siguiendo la liturgia de las horas, podemos ofrecer esta hermosa bendición: “Que el Señor te bendiga, te guarde de todo mal y te lleve a la vida eterna.”

No tenemos que tener el necio prejuicio de creer que los niños no pueden orar, o que su oración no será escuchada, o que no entienden lo que dicen. Muchas veces, desde su inocencia, elevan una oración agradable al Padre más perfecta que los adultos. En repetidas ocasiones, Benedicto XVI se ha dirigido a los niños, alentando en ellos el crecimiento en la fe con un lenguaje simple y preciso: “En la familia, los niños, desde la más temprana edad, pueden aprender a percibir el sentido de Dios, gracias a la enseñanza y el ejemplo de sus padres: vivir en un clima marcado por la presencia de Dios” (BENEDICTO XVI, *Catequesis del 28 de diciembre de 2011*).

La Palabra de Dios se hizo niño y en Él se vio contenida toda la inmensidad del Padre. Y desde aquí contemplamos cómo esta revelación de la oración de los niños está presente en la Sagrada Escritura. Para corroborar esta afirmación traemos las palabras de R. Belda cuando dice: “Cada pequeño, a condición de que sea educado, puede vivir de Dios y conceder a éste un lugar privilegiado en lo más íntimo de sus actividades y de su vida” (Belda Serra 2008: 18).

La liturgia, además de ser fuente de gracia, actúa como pedagoga del misterio divino. Será desde la liturgia donde dé vida al alma de la familia recreada por el lenguaje simbólico de la Iglesia para educarnos en la fe.³¹

La oración familiar con hijos adolescentes

Cuando la edad media de los hijos supera la etapa de la infancia, es decir en los 12 años (aproximadamente) hasta ser adultos, se podrá hacer una lectura más reflexiva de la Palabra como es la “Lectio Divina”. Es decir, dedicarle un espacio más profundo a escrutar la Palabra, a hacer una lectura orante de la Palabra, donde los tiempos de silencio vayan tomando gradualmente mayor peso y medida; sin perder la estructura de la oración familiar, pero sí ahondando en la escucha meditativa de la Palabra, apelando a una fe madura de los hijos de Dios.

Este también es un tiempo oportuno para mostrar con mayor profundidad la vida de los santos que son files intercesores fieles y arquetipos de santidad para nuestro peregrinar hacia la Morada del Padre.

La oración familiar con hijos mayores

En la medida en que crezcan estos adolescentes, teniendo ahora como edad media los 18 años, pasaremos a unirnos más como reza la Iglesia, es decir con la “Liturgia de las horas” de Laudes, Vísperas y Completas. Al respecto, afirma la comisión de liturgia:

Conviene finalmente que la familia, que es como un santuario doméstico dentro de la Iglesia, no sólo ore en común, sino que además lo haga recitando algunas partes de la Liturgia de las Horas, cuando resulte oportuno, con lo que se sentirá más insertada en la Iglesia (Liturgia De Las Horas 1998: 38).

Es también en esta etapa de la vida familiar un momento propicio para hacer presente también las lecturas de los santos, de los Padres de la Iglesia y de autores espirituales.

31 Con respecto a esta pedagogía de la fe, se ha desarrollado muy bellamente por la experiencia de oración de los “Los oratorios de niños pequeños”, que encontró su concreción difusión en el Pbro. Gonzalo Carbó Bolta, *cooperadores veritatis de la Madre de Dios*, y su equipo de colaboradores. Esta práctica de oración permanente con los niños se originó con San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías.

Pero, en todo caso, en cualquier etapa, siempre se deberá orar con fe y con perseverancia (cfr. Lc 11,1-13).

Para concluir, agregamos que “la oración diaria familiar” se presenta como el primer testimonio de un *memorial vivo* de la Iglesia. De este modo podemos crear espacios que favorezcan a la vida espiritual en el hogar cristiano y así facilitar la transmisión de la fe de los padres a sus hijos en estos tiempos actuales.

El retorno cultural a la Casa del Padre

El retorno al origen

Estamos llegando ya al final de nuestro recorrido. Hemos comenzado por el origen, por Dios, por el *principio* de la creación del hombre y la mujer, para recorrer un camino espiritual hacia un encuentro permanente con la “imagen perfecta” del Padre.

Es la persona de Jesucristo presente en nuestras vidas, el verdadero camino hacia la casa del Padre. Él es el único que auténticamente puede decir: “Yo soy el camino, la Verdad y la Vida”. (Jn 13,6)

Ahora bien, él es el camino porque nos acerca al Padre, es el camino que nos conduce al fin, por lo que es también verdad y vida, el fin de nuestras vidas. Nos señala Santo Tomás que Cristo es: “Camino según su humanidad y, el término según su divinidad” (Santo Tomás, *Comentario al Evangelio de San Juan*, LH, T.III, sábado IX del TO., 259). Por medio de él podremos llegar a la verdad y la vida, que a su vez es su misma persona divina; y agrega el Santo Doctor: “Adhiérete, pues, a Cristo, si quieres vivir seguro; es imposible que te desvíes, porque él es el camino”.

Desde lo expuesto hasta el momento y marcando una línea de continuidad, podemos deducir algunos elementos esenciales para este peregrinar:

- Hay que tener plena conciencia de quién procedemos hacia dónde vamos. Procedemos de Dios y nuestro destino está en la Patria Celestial.
- El camino humano lo recorreremos en la presencia de Jesucristo, nuestro Señor.
- Esa presencia será real en la medida en que reproduzcamos en nuestras vidas la imagen de Dios, grabada en el *principio*.
- El retorno al origen lo realizo como comunidad de personas, como Cuerpo Místico de Cristo que somos.
- El modo de elevar nuestra vida hasta conquistar la Patria futura será por medio de la oración, personal, fraternal, matrimonial y familiar.
- En la vida matrimonial y familiar, mientras estamos en esta Patria terrenal, nuestra vida de fe se verá fortalecida por los sacramentos de la Iglesia, especialmente por el “pan del cielo” que alimenta nuestro peregrinar.
- El término de nuestra vida terrenal, será la plenitud de la Vida Eterna. Esta Vida que es el Reino ya ha sido recibida por participación y experimentada en la oración. El Reino de Dios es la boda del Cordero, un culto eucarístico de adoración eterna para compartir la gloria de Dios (cfr. Ap 21,11).
- Finalmente, si queremos encontrar un modelo del recorrido espiritual, en este transitar por la plegaria, podemos ver en María una figura de peregrina; quien se dejó llevar por la fe meditada, por la fuerza de la palabra de Dios y por el Espíritu Santo que actuaba silenciosamente en ella.

Un nuevo diálogo oracional de la familia peregrina

En este retorno, hemos podido consolidar la idea de verdadera comunión de personas. Hemos podido concretar la razón de amor que existe entre ellas prolongándose en oración permanente.

Cuando hay personas distintas que viven de lo mismo (de la fe) se establece una especial vinculación entre ellos. Llegamos a un punto donde podemos ver fácilmente un vínculo espiritual dentro de los miembros de la familia.³² Esto es porque hay una misma razón de fe y amor en los cónyuges y la familiar, que los santifica haciendo un acto cultural a Dios (Cfr. S. Th. III c.60 a.5).

Aplicamos ahora el pensamiento aristotélico sobre la teoría hilemórfica³³ y que Santo Tomás de Aquino rescata para explicar la naturaleza de las realidades creadas.³⁴ Los principios de materia y forma lo empleamos de “modo análogo” en el matrimonio y la familia.

Por un lado se nos presenta al matrimonio como una unión carnal y espiritual. Análogamente podemos decir que la unión íntima sexual del varón y la mujer es el sustrato corporal y material de la oración matrimonial que es la forma espiritual.

Por otro lado, en la relación de padres e hijos, al ser un encuentro de amor entre sus miembros que comparten una misma “mesa del pan”, podemos decir que el compartir la mesa familiar es el sustrato material de la oración familiar, esta plegaria es la forma espiritual de la vida doméstica.

De este modo, la oración familiar será una expresión de fe como un modo más acabado de su espiritualidad, logrando así una integración de fe y vida. De este modo, la familia que reza unida, permanece unida. Recupera la capacidad de mirarse a los ojos cuando la irascibilidad los había cegado, recupera la capacidad de dialogar que se había quebrado por el prejuicio en la comunicación, recupera la capacidad empática ante la debilidad del otro, recupera el poder perdonarse mutuamente ante la ofensa cometida y así, comenzar de nuevo con un pacto de amor entre ellos, renovado por el Espíritu de Dios (Cfr. C.E.E., n° 68). Todos estos gestos y actos son los frutos del camino en el andar hacia la morada celeste. En las realidades cotidianas santificamos nuestras vidas.

Esta plegaria matrimonial y familiar encontrará su unidad y su cenit en la celebración eucarística; la cual es “plenitud de la oración familiar” y es presencia real de la Santísima Trinidad en la familia cristiana.

Hemos visto la relación que hay entre los miembros de la familia. Sabemos también que existe una relación real en la Trinidad, por la procesión de las personas divinas (S. Th c.28, a.1c). Las tres personas unidas en una misma esencia divina que es un amor eterno.

32 Llamamos una analogía de atribución intrínseca, por la medida de proporción que se establece entre los miembros del matrimonio y la familia.

33 Cfr. ARISTÓTELES, *Metafísica*, Libro VII y XII

34 La teoría hilemórfica sostiene que las realidades se constituyen de dos principios, potencia y acto, donde uno es el sustrato material ordenado a la forma perfectiva. Así es como el hombre está constituido de cuerpo como materia y del alma como forma específica o principio vital. Cfr. SANTO TOMÁS, I c75

Desde aquí podemos ver que se establece una analogía de relación por participación del “ser” entre Dios y los hombres, entre la Santísima Trinidad y la familia cristiana.

Ahora bien, la vinculación queda establecida entre “ambas comunidades” que se relacionan y es perfeccionada por medio de la oración. Esta oración, especialmente de alabanza, cierra el círculo de la alianza de la familia con Dios. De este modo, el hombre, responde con la vida y con el culto a la misericordia que tuvo el Padre cuando envió a su Verbo para que se encarne en una familia humana, por obra del Espíritu Santo.

El retorno a la casa del Padre, consiste en la comunión con la Trinidad. Así como en el bautizado recibe el don de la inhabitación del Dios, uno y trino, así también, en la familia cristiana puede inhabitar la Santísima Trinidad; siendo el agua del manantial donde beba la familia que tenga sed de Dios. (cfr. Ap 21,6).

El retorno a nuestra verdadera Casa

El término de nuestra transición cultural del matrimonio y la familia orante será la contemplación del rostro divino. Será llegar a la morada celestial, conquistando el Reino de Dios, objeto primero de la predicación de Jesucristo (cfr. Mt 4,17).

Nuestro Señor vino a instaurar su Reino, que se hace presente en este mundo por la participación de la gracia, teniendo un anticipo de los bienes eternos.

Desde la oración del Padrenuestro en el día de la boda, los cónyuges piden al Padre que “venga Tu Reino” a su matrimonio y a su familia. Será la petición y la búsqueda constante de la familia cristiana; hacer de su hogar un espacio sagrado del Reino de Dios. El Reino de Dios ya está presente en la tierra por la acción de Jesucristo y en la iglesia doméstica, “está ya presente en misterio” (LG, 3).

Al llegar a la eternidad, ese Reino se alcanza en su plenitud. Se habrá cumplido la profecía del Apocalipsis: “Esta es la morada de Dios, que compartirá con los hombres. Pondrá su morada entre ellos. Ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios”. (Ap 21,3)

Llegar a la Morada del Padre, conlleva la “visión beatífica” de los elegidos, donde los bienaventurados ocuparán los tronos que el Esposo está preparando para ellos, ese será la cumbre final de la Iglesia peregrina. Dice el *Catecismo*: “Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con Ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama “el cielo”. El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha” (CATIC, nº 1024). Vivir en el cielo es “estar con Jesucristo” (cfr. Jn 14,3; Flp 1,23), en Él está la plenitud del Reino.

Llegar a la Casa del Padre es el deseo permanente que expresamos en la profesión de fe cuando proclamamos que creemos “en la resurrección de la carne y la Vida Eterna”. Resucitaremos para la Vida del Reino por la resurrección de Jesucristo, en virtud de su divinidad.³⁵

La familia fue creada en el *principio* para glorificar a Dios, pero por desobediencia rechazó esta gracia de amistad con Dios. Por la obediencia de Jesucristo,

35 Los bienaventurados tendrán las cualidades del cuerpo resucitado del Señor: claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza. Cfr. SANTO TOMÁS 2011: 101.

quien dice de sí: “Yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin”. (Ap 21,6), retorna al mismo origen que es a la vez el *fin* de su vida, para dar definitivamente gloria a Dios.

Hasta llegar a la perfecta “comunidad de los santos”, la familia cristiana vivirá como “exiliada” de la Tierra Prometida, buscando llegar a ella.

La fe de María como modelo de santidad

El “sí” de María, depositando su entera libertad en las manos de Dios, hace que el plan de salvación se realice por medio de su esclavitud espiritual y de amor a Dios. Siendo nuestra madre, imagen escatológica de la Jerusalén celeste (cfr. Ap 12), es ella la imagen de la familia cristiana, iglesia doméstica de Cristo. Es en su regazo donde nos sentimos Iglesia para vivir en una alabanza pura ante el Padre, en la contemplación del Hijo.

Así como en Pentecostés los primeros cristianos oraban junto a María y recibieron el Espíritu Santo, la esencia espiritual de la oración familiar está inserta junto a la Santísima Virgen María.³⁶ Es ahí donde toda familia cristiana encuentra el recogimiento maternal para hacer oración familiar.

Es María quien está en una plegaria perseverante por su pueblo, aguardando un salvador, esperando la instauración del Reino. Es María en el diálogo angelical, quien recibe la fuerza operativa del Espíritu Santo engendrando al Emmanuel, al Dios con nosotros, para custodiar a Cristo con sus cuidados de madre, para educarlo en la fe; cooperando así con el designio salvífico del plan de Dios (cfr. Lc 2,26-38). Es la Virgen María quien está en oración permanente con los apóstoles, con el nuevo Cuerpo Místico de su Hijo a quien nuevamente debía cuidar e interceder. María está en oración con ellos en una misma casa, cuando reciben el bautismo del Espíritu Santo, el Pentecostés de la Iglesia naciente para salir a predicar la Palabra encarnada, revelada y salvadora, el Reino de Dios, la esperanza de la resurrección (cfr. Hch 2,1-4).

Todo comienza en María estando en su casa, orante con el Espíritu de Dios, todo concluye con María estando en la casa, orante con el Espíritu de Dios. Este arco comienza y termina en María, como sagrario del Espíritu Santo, y allí envuelve a todas las familias cristianas que buscan la santidad del encuentro con el Señor en la oración del hogar.

La nueva evangelización de la familia orante

Es claro que esta sociedad descristianizada se ha vuelto pagana. El Papa Juan Pablo II convocó a una “nueva Evangelización”, nueva en sus métodos, nueva en su ardor y nueva en sus expresiones. Las familias cristianas, con el espíritu de la “nueva primavera de la Iglesia” que profetizara Juan XXIII, deben lanzarse a la nueva misión evangelizadora.

La familia, en cuanto está inserta en el misterio de la Iglesia, está puesta al servicio de la edificación del Reino de Dios, está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia, en cuanto es una comunidad íntima de vida y de amor (Cfr. *Familiaris Consortio*, n° 49 y 50).

36 Este acontecimiento de Pentecostés lo contemplamos en el tercer misterio glorioso del santo rosario.

Para cumplir con esta misión de ser una “nueva primavera de la Iglesia”, debemos tener encendida la llama del Espíritu Santo que tuvieron los primeros cristianos cuando “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2,42). Queremos volver constantemente al origen eclesial de las primeras comunidades cristianas. Por este motivo Benedicto XVI nos convoca a: “Recuperar el fervor de los orígenes, la alegría del comienzo de la experiencia cristiana, haciéndose acompañar por Cristo como los “discípulos de Emaús” el día de Pascua, dejando que su palabra nos encienda el corazón, que el “pan partido” abra nuestros ojos a la contemplación de su rostro” (Benedicto XVI, *Discurso del 13 de mayo de 2012 en Fátima*).

De la fe familiar podrá brotar la santificación de la comunidad y de la sociedad, reverdeciendo así una nueva evangelización de la Iglesia.

El matrimonio y a familia están llamados a ser “peregrinos de esperanza” ante un hombre envejecido por el pecado, ante una sociedad corrompida en sus costumbres, ante un mundo secularizado y sediento de Dios.

El encuentro final de la “familia santa”

La experiencia de la vida activa y contemplativa de la vida familiar

La familia cristiana, en la medida que ha hecho presente en ella el misterio de Dios, tiene una actitud contemplativa del misterio familiar y de la sociedad en que está inserta. Es decir, sabe descubrir la presencia de Dios en cada acontecimiento de su historia con una mirada teológica del misterio. Es necesario “ver más allá” para poder descubrir los designios salvíficos del plan de Dios.

Todo esto es posible en medio de su vida activa. La familia, contemporánea crece y se desarrolla en circunstancias particulares y en un medio social. Los “deberes de estado” de cada miembro, como padres e hijos, requieren una constante actividad que le imprimen un estilo particular de vida.

Siguiendo a Santo Tomás afirmamos: “La vida activa por virtud de la cual alguien transmite a los demás, por medio de la predicación y la enseñanza, lo contemplado, presupone una abundancia de contemplación” (S. Th. III, C. 40, a1, 2). Aquí se afirma la primacía de la contemplación sobre la acción, aunque ambas coexisten en la vida familiar. Así es como vida contemplativa y vida activa, vida activa y vida contemplativa se complementan en la patria terrenal.

Un camino de santidad para el matrimonio y la familia

Cuando se participa de los bienes eternos, se empieza a crecer en gracia ante Dios y antes los hombres. La santidad de la familia empieza a ser requerida para la transformación evangélica del mundo. Así nos lo pide Juan Pablo II: “La santidad de la familia cristiana es sin duda alguna el medio más apto para llevar a cabo la renovación serena de la Iglesia, que el Concilio deseaba con tanto afán; a través de la oración en familia la *ecclesia domestica* se convierte así en realidad efectiva y lleva a la transformación del mundo” (Juan Pablo I, *Discurso en vista “ad limina apostolorum”, del 21 de septiembre de 1978*).

Por el ejercicio de las virtudes domésticas y de modo especial por la oración, como virtud de la religión, se profundiza en el sacramento matrimonial; las virtudes y la

oración mantienen la unidad en el amor de aquellos que intercambian bienes espirituales y corporales. Por eso, el modo excelente de oración se realiza en el sacramento del matrimonio, por existir un vínculo sacramental en ese mismo amor conyugal. Desde ese día comienza un recorrido ascendente hasta llegar a los premios eternos del “hogar del cielo”.³⁷

Es el matrimonio quien tiene ese carisma propio, ese don conyugal, esa gracia de estado recibida en el sacramento que los hace a los cónyuges capaces de santificarse como tales y santificar a sus hijos, por gracia del Espíritu Santo. Así lo argumenta San Agustín: “Los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que significan y participan el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5,32), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de la prole, y por eso poseen su propio don, dentro del Pueblo de Dios, en su estado y forma de vida” (Cf. San Agustín, *De dono perseverantia*, 14). Claro está que cada uno según su propia gracia, su propio carisma, su propia personalidad derivada de una naturaleza sexuada (cfr. 1 Co 7,7).

La familia eucarística

En el camino de santidad conyugal y familiar que hemos recorrido, llegamos a este punto más contemplativo sobre la familia eucarística, sobre la familia y la Pascua de Jesucristo. Dejamos así, lugar al asombro para ser invadidos por la luz radiante que proviene del misterio Pascual en la vida familiar.

En la familia orante, la expresión más perfecta de la plegaria doméstica, la encontramos en la celebración Pascual, en torno a la mesa eucarística del Cordero inmaculado.³⁸ La familia celebra la boda de amor entre Dios y su pueblo. Por ello Benedicto XVI nos indica:

La familia judía, como la cristiana, ora en la intimidad doméstica, pero reza también junto a la comunidad, reconociéndose parte del Pueblo de Dios en camino, y la peregrinación expresa precisamente este estar en camino del Pueblo de Dios. La Pascua es el centro y la cumbre de todo esto, y abarca la dimensión familiar y la del culto litúrgico y público (Benedicto XVI, *Catequesis del 28 diciembre de 2011*).

Este memorial del sacrificio de Jesucristo, esta actualización de su pasión, muerte y resurrección, del misterio de la redención, se hace presente en la eucaristía de la Iglesia Católica (Cfr. *Dies domini*, n° 19).

Nos ubicamos entonces ante dos alianzas y ante bodas, que se unen en la celebración del misterio pascual.

37 Cfr. *Misal Romano*. En la oración colecta de la Misa en la Solemnidad de las Sagrada Familia oramos diciendo: “Dios, Padre nuestro, que has propuesto a la sagrada familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo, concédenos, te rogamos, que imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.”

38 Cfr. Fabris 2002: 1409: “La celebración de la pascua (pasja: pasar, saltar) está en el centro de la y en el corazón de la experiencia bíblica, y que está relacionada con el corazón de la experiencia bíblica, ya que está relacionada con el acontecimiento fundador del Pueblo de Dios: el éxodo y la alianza. Por medio de la celebración de la pascua se actualiza el acontecimiento salvífico en su forma litúrgica. Al modelo o esquema de la pascua bíblica se refieren también los textos del NT para interpretar la acción salvífica de Jesús. En el culto cristiano como “memorial” se prolonga el acontecimiento salvífico de toda la historia bíblica, que culmina en Jesús, muerto y resucitado.”

La antigua Alianza la realiza Dios con su pueblo a través de Moisés, con la ley del Sinaí (cfr. Ex 20,1-21); la nueva Alianza Dios la ratifica con la sangre de su Unigénito, con la ley de la gracia (cfr. Mt 26,26-29).

Esta Alianza de amor esponsal está presente en el sacramento matrimonial. En el rito sacramental de la boda, se hace presente la Alianza del amor de Dios, que será prolongada y renovada por la oración conyugal y por la celebración de cada eucaristía. Será el “memorial” en cada Misa, que es una pascua del Señor, hasta “que Él vuelva”, hasta que llegue “el último día” (cfr. Jn 6,39ss.), la boda escatológica del Cordero, donde se da la unión definitiva de Dios con su pueblo.

Debemos hacer la experiencia vital del *memorial eucarístico*: “Esta es nuestra vocación cristiana y éste debe ser también nuestro culto espiritual: la Eucaristía celebrada en la liturgia de la propia vida” (Alvarez Alonso 2002: 115).

Si la liturgia es “la obra de Dios” (cfr Jn 17,4), la liturgia de la propia vida será dejar que Dios obre en nosotros. Somos templos del Espíritu y en nuestros templos se realiza un insigne acto cultural de alabanza, movido por Dios para su gloria. Al ser la liturgia participación de la oración de Cristo, dirigida al Padre, en el Espíritu Santo, la familia encuentra aquí su fuente y término de toda oración, porque se vive e interioriza las “maravillas de Dios” en todo momento y en todo tiempo (Cfr. *CATIC*, nº 1073).

Pero queremos decir que una familia no vive la eucaristía por el sólo hecho de “ir a misa los domingos”, sino por el hecho más profundo que es la santificación de las personas y del tiempo, viviendo una “liturgia familiar de oblación”, es decir, actualizar la mística del “memorial” de Cristo.³⁹ Aunque es cierto, que en esta santificación del tiempo y de la familia, adquiere una especial relevancia la consagración del domingo por ser “el día del Señor”.⁴⁰

Creemos que una expresión adecuada sobre esta relación de familia y eucaristía, la encontramos nuevamente en la obra *Teología del cuerpo y eucaristía*:

Haced esto en memoria mía” significa: haced la esencia de esto que yo acabo de realizar; es decir, ofrecer vuestro cuerpo –y en él toda vuestra persona, vuestra vida entera- como sacrificio pascual, tal como yo he hecho, por la salvación universal de todos los hombres. Hacedos cordero pascual, pan partido y entregado, sacrificio grato a Dios en unión a Mí, que me ofrezco al Padre como cordero pascual ritualizado en este memorial. “Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros (Jn 13,15). El mandato de repetir y vivir el memorial de la Última Cena debería irradiarse más allá de la mera celebración litúrgica de la vida, hasta los confines de la entrega de la propia vida y del propio cuerpo (Alvarez Alonso 2002: 160).

Claro está que esta experiencia del memorial de Cristo en el matrimonio y la familia

39 Cfr. *Deus caritas est*, nº 3: “La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre. La « mística » del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar.”

40 Cfr. *Dies domini*, 1998. Cfr. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *La familia: El trabajo y la fiesta*, Milán 2012, temas 8-10.

se hará real por la participación sacramental de la eucaristía, santificando el domingo, Pascua semanal, o también, santificando cada día con la Santa Misa diaria.

La familia cristiana en la Ciudad celestial

La vocación cristiana a la santidad matrimonial transfigura la familia cristiana en una familia eucarística, porque vive del “pan de vida” que cae del cielo y los hace ciudadanos de la Patria Celestial. Llegará el día en que participen de este banquete eucarístico de la boda nupcial del Cordero en la morada del Padre. Habitarán así en la Jerusalén celestial con los santos de Dios, así nos los enseña el Doctor angélico:

El hombre no sólo es ciudadano de la ciudad terrenal, sino que también es partícipe de la ciudad de la Jerusalén celestial, cuyo rector es el Señor, y cuyos ciudadanos son los ángeles y todos los santos, sea que reinen en la gloria y descansen la patria, o sea que peregrinen en la tierra, según aquello del Apóstol *ciudadanos de los santos y familiares de Dios* (Ef. 2,19). Para esto, para que el hombre sea partícipe de esta ciudad, no basta su naturaleza, sino que para esto es elevado por la gracia de Dios (Santo Tomás, *De virtutibus in Communi*, a.9 c).

Este gozo de la gloria eterna con Dios, conlleva la máxima libertad del hombre, esa libertad que había sido quebrada cuando el primer Adán y la primera Eva, desobedecieron haciéndose esclavos por su pecado de soberbia.⁴¹ La referencia de este peregrinar de purificación es María, la nueva Eva, por su vida orante de la Palabra, su ascensión al Cielo y su reinado con Cristo en el Reino junto con todos los santos.

San Agustín de Hipona es quien nos representa esta bienaventuranza de la verdadera libertad del hombre por la contemplación del sumo bien, lo hace en su magnífica obra sobre, la *Ciudad de Dios*, cuando escribe: “Tendrá aquella Ciudad una voluntad libre, una en todos y en cada uno inseparable, libre ya de todo mal y llena de todo bien, gozando eternamente de la suavidad de los gozos eternos, olvidada de sus culpas, olvidada de las penas, y no por eso olvidada de su libertad, por no ser ingrata a su libertador” (San Agustín 1929: 1156).

La familia es parte de la Iglesia Militante, es decir, de la Iglesia que peregrina al Cielo; por lo tanto es una familia militante hasta llegar a formar parte de la Iglesia Triunfante, hasta llegar a estar con la familia de los hijos de Dios en la vida eterna.

Siguiendo a Santo Tomás, concluimos que la felicidad última y perfecta del hombre, sólo puede estar en la visión de la esencia divina en la Jerusalén celestial.

En el día de la Venida de Cristo a nuestras vidas, podremos ver el rostro de Dios; el Señor se nos manifestará para ser semejantes a Él y lo veremos tal cual es. (cfr.1Jn 3,2). De este modo se cumplirán las palabras de San Pablo: “Somos ciudadanos del reino de los cielos, donde esperamos la venida de nuestro Salvador Jesucristo, para que transfigure, y recree nuestros cuerpos” (Fil. 3, 20-21). Ese día habrá terminado el camino de retorno a la Casa del Padre.

Entonces, podemos hablar análogamente, de un desposorio espiritual que se ha ido realizando por la vida de oración entre los hombres y Dios. Con la contemplación de la esencia divina llega el momento del matrimonio espiritual.

41 Aquí, el término esclavo lo tomamos en el sentido servil, de pérdida de la libertad, no con la esclavitud de servicio de la Virgen María. Esto lo explica SAN L.M. GRINGNION, *op. cit.*, 57

La experiencia de oración del matrimonio y la familia con Dios acrecienta la consistencia del desposorio con el Esposo. Cristo, el Esposo, está a su vez intercediendo ante el Padre y preparando el sitio del “banquete de bodas” para el encuentro definitivo de la Alianza nupcial.

Este matrimonio espiritual o unión transformante del hombre, es explicado por M. Herraiz del siguiente modo: “El largo proceso místico de acercamiento a la Persona que vive ‘en el más profundo centro’, termina en la más perfecta y plena comunión. Es la realización de la vocación del hombre, vocación divina, el arribo a la última morada, al núcleo más íntimo de su ser. Activación de todos sus dinamismos” (Herraiz García 2003: 99).

Esa comunión de personas, de los cónyuges y de los hijos, podrá llegar a la perfección de estar en comunión con las personas divinas en la Patria celeste, participando así de la vida eterna.

Qué hermoso es pensar que en el cielo, los miembros de la familia que han sido salvados, volverán a estar unidos en la comunión de los santos. Por la *luz de la gloria de Dios* sus entendimientos serán elevados a la contemplación del ser de Dios, lo cual conlleva la gracia esencial de la felicidad. La inteligencia creada necesita de la influencia de una iluminación para contemplar a Dios en su esencia (Cfr. Santo Tomás, *Contra Gentiles*, L 3, cap.53). Desde ahí podrán recibir una gracia especial como es el poder ver el rostro feliz de sus padres, abuelos, hermanos, hijos, es decir de todos sus familiares y amigos que sean bienaventurados (L 3 cap.59; L 4 cap. 80-88). Al contemplar la esencia divina, contemplamos a la vez todo lo creado por Él (L 3, cap. 54). La familia, mientras más se ordene y disponga a la fruición del ser por la visión de la esencia divina, mayor bienaventuranza podrá adquirir (Cfr. S. Th. I II c.5 a.2).

Al finalizar esta experiencia de retorno, la familia santa podrá habitar eternamente en la Casa del Padre. El matrimonio y la familia habitarán en la morada que Jesucristo nos está preparando para el encuentro sponsal con nuestros seres, en la unidad del Espíritu Santo que nos inserta en el misterio de la comunión con la Santísima Trinidad. Será “el día” en que volvamos a ser perfecta imagen de Dios, principio y fin de nuestras vidas.

Conclusiones

Después de haber realizado este recorrido sobre “*La oración matrimonial y familiar. Una experiencia de retorno a la Casa del Padre*”, procedemos a exponer las conclusiones a las que hemos llegado:

- La Santísima Trinidad ha creado al ser humano a su imagen y semejanza para su mayor gloria y la felicidad de la creatura, estableciendo así un diálogo de amor. El hombre, varón y mujer, está creado a imagen de Dios y creado para amar en comunión de personas. De este modo es reflejo del amor de Dios siendo procreador de la vida.
- La relación que se estableció entre el Creador y los seres humanos ha sido quebrada por el pecado original. El hombre pierde su condición de ser amigo de Dios y del prójimo porque se ha truncado el proyecto de Dios; se ha corrompido la relación dialogal que unía al Creador con las creaturas humanas.
- Dios Padre ofrece al ser humano restaurar el diálogo amoroso. En el Antiguo Testamento descubrimos varios ejemplos donde se van abriendo caminos de

encuentro a través del culto y la oración. La búsqueda de la salvación del hombre llega a su plenitud con la encarnación de Hijo de Dios. Él trae el Reino de los Cielos a los hombres devolviéndoles la dignidad de ser personas humanas.

- El hombre encuentra en la oración cultural, que se eleva por Jesucristo en el Espíritu Santo, un camino de retorno a la Casa del Padre. Dios es origen y fin de la vida del hombre, cuya dinámica relacional halla en la oración un camino privilegiado. La plegaria a Dios, con perseverancia y en los acontecimientos cotidianos, encausa a la familia a ser peregrina de esperanza hacia la Casa del Padre.
- La Sagrada Familia de Nazaret, de José, María y Jesús, es el icono más acabado de este nuevo diálogo orante. Es Jesucristo quien se hace presente en medio de la vida familiar. Muchas familias cristianas experimentaron esta vida orante en sus hogares, las cuales suscitaron padres e hijos “santos” a lo largo de la historia de la Iglesia.
- Los esposos santifican su participación de la paternidad de Dios viviendo según Su Voluntad y transmitiendo la fe a sus hijos. Ellos son los primeros evangelizadores de su prole y construyen una escuela de virtudes en el seno del hogar cristiano. Esta misión de ser padres es conferida desde el día del consentimiento matrimonial. El sacramento del matrimonio se ve plenificado por la plegaria en común.
- El misterio de la vida de oración se realiza en el diálogo sobrenatural del matrimonio y la familia con Dios, constituyendo así una “iglesia doméstica”. De este modo se hace presente el Reino de Dios y la familia se hace partícipe en el apostolado de la nueva evangelización eclesial en el mundo de hoy. El carácter bautismal de sus miembros es perfeccionado y es, al mismo tiempo, fundamento de una “cultura” de la familia.
- El culto a Dios encuentra modos concretos de realizarse a través de la liturgia. Encontramos ritos litúrgicos que favorecen a la plegaria en la vida de los cónyuges y en la vida de la familia, a los que llamamos “Oración matrimonial” y “Oración familiar”. Aquí se hace presente la tradición orante y cultural de la Iglesia en el seno del hogar cristiano.
- Esta experiencia de encuentro con Dios a través de la plegaria prepara a los miembros del hogar cristiano para que lleguen a contemplar definitivamente el rostro del Padre en la Morada de la Vida Eterna. Por medio de la vida activa y contemplativa de la familia orante se establece un retorno al origen del Ser. Este peregrinar tiene como referencia a la Virgen María, por su oración, asunción y reinado en el Cielo junto con todos los santos.
- Esta experiencia orante establece un desposorio espiritual con Dios, cuyo final del camino es la Alianza nupcial del hombre, varón y mujer, con el Esposo. De este modo, la plenitud de la oración matrimonial y familiar es la Eucaristía, presencia real de Cristo en comunión con su Iglesia, por eso hablamos de una “familia eucarística”.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAREZ ALONSO, Miguel, *El joven que llegó a ser Papa*, Casals, Madrid 2002.
- ANDRESON, Carl, y GRANADOS, José, *Llamados al amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Monte Carmelo, Burgos 2011.
- BENEDICTO XVI, *Angelus del 2 de julio de 2006*. www.vatican.net
- BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Deus caritas est*, 25 de diciembre de 2005.
- BENEDICTO XVI, *Catequesis del 28 de diciembre de 2011*. www.vatican.net
- BENEDICTO XVI, *Discurso del 2 de marzo de 2006*. www.vatican.net
- BENEDICTO XVI, *Discurso del 6 de junio de 2006*. www.vatican.net
- BENEDICTO XVI, *Discurso del 8 de julio de 2006*. www.vatican.net
- BENEDICTO XVI, *Discurso del, 8 de septiembre de 2005*. www.vatican.net
- BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica Verbum Domin*, 30 de septiembre de 2010.
- BENEDICTO XVI, *Discurso del 13 de mayo de 2012*. www.vatican.net
- BIBLIA DE JERUSALÉN, *Desclée de Brouwer*, Bilbao 2009.
- BILYK, Juan Carlos, *Revelación y Antiguo Testamento*, Aquinas, Buenos Aires 2008.
- BLEDA SERRA, Rafael, *Al paso de los niños*, Edicep, Valencia 2008.
- BRASÓ, Gabriel, *La oración de la familia*, PPC, Madrid 1968.
- CAFFAREL, H. *No temas recibir a María, tu esposa*, Rialp, Madrid, 1993
- CANTERA, Santiago, *Así iban a la muerte*, Voz de papel, Madrid 2011.
- CARMEN ALVAREZ ALONSO, *Teología del cuerpo y eucaristía*, San Dámaso, Madrid 2010.
- CASANOVA, Gloria, *El matrimonio cristiano en el pensamiento de Karol Wojtyla*, Edicep, Valencia 2011.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, *Asociación de Editores*, Madrid 1997
- CHIRON, Yves, *El Padre Pío*, Palabra, Madrid 2009.
- CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, Eunsa, Pamplona 1992.

- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Bendicional, Coeditores litúrgicos, Barcelona 1986.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España, LXXXI Asamblea Plenaria, Madrid 2003.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción Pastoral La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad, Madrid 2002.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, La verdad del amor humano, Madrid 2012
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar, 4 de julio de 2012.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Misal Romano, Coeditores litúrgicos, Barcelona 1988.
- CONSEJO PONTIFICIO PARA LA FAMILIA, Lexicón, Palabra, Madrid 2006.
- CUADRADO TAPIA, Ricardo, El rosario, la oración de la familia, San Esteban, Salamanca 1995.
- DE ORVIETO, Constantino, Vida de Santo Domingo, BAC, Madrid 1968.
- DE VAUS, R., Instituciones del Antiguo Testamento, Herder, Barcelona 1964.
- DOS SANTOS, Lucía, El mensaje de Fátima, Sol de Fátima, Madrid 1997.
- FEDERACIÓN ESPAÑOLA DE RELIGIOSOS DE ENSEÑANZA, La escuela católica, comunidad eclesial, San Pio X, Madrid (1994).
- FOSBERY, Aníbal E., La cultura católica, Tierra Media, Buenos Aires 1999.
- FOSBERY, Aníbal E., Parata sunt omnia, Fasta, Buenos Aires 2001.
- GARCÍA PAREDES, José C.R., Mariología, BAC, Madrid 2001.
- GARRIDO, Javier, El camino de María, Sal Tearrae, Santander 2007
- GONZÁLEZ, Agripino, Martirologio amigoniano, Terciarios Capuchinos, Valencia 2001.
- GRANADOS, José y NORIEGA, José, Betania, una casa para el amigo, Monte Carmelo, Burgos 2010.
- GRINGNION, San Luis María, Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, Esinsa, Barcelona 1990.

- GUARDINI, Romano, Las etapas de la vida, Palabra, Madrid 2002.
- GUARDINI, Romano, Cartas sobre autoformación, Emmanuel, Buenos Aires 1978.
- HERRAIZ GARCÍA, Maximiliano, La oración, historia de amistad, Ed. Espiritualidad, Madrid 2003.
- IBAÑEZ, Javier y MENDOZA, Fernando, Dios Trino en personas, Palabra, Madrid 1987.
- JÖRGENSEN, Johannes, Santa Catalina de Siena, Acción, Buenos Aires 1993.
- JUAN PABLO I, Discurso en vista “ad limina apostolorum” del 21 de septiembre de 1978. www.vatican.net
- JUAN PABLO II, Carta a las familias Gratissimam sane, 2 de febrero de 1994.
- JUAN PABLO II, Carta Apostólica Mulieris dignitatem, 15 de agosto de 1988.
- JUAN PABLO II, Carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae, 16 de octubre de 2002.
- JUAN PABLO II, Carta Apostólica Rosarium Virginis Mariae, 29 de octubre de 1978.
- JUAN PABLO II, Carta Encíclica Fides et Ratio, 14 de septiembre de 1998.
- JUAN PABLO II, Carta Encíclica Ut unum sint, 25 de mayo de 1995.
- JUAN PABLO II, Discurso del 31 de mayo de 2001, a los profesores y estudiantes del Pontificio Instituto Juan Pablo II. www.vatican.net
- JUAN PABLO II, Exhortación apostólica Familiaris Consortio, 22 de noviembre de 1981.
- JUAN PABLO II, Hombre y mujer lo creó, Cristiandad, Madrid 2000.
- JUAN PABLO II, Homilía en la misa de beatificación del matrimonio Beltrame Quattrocchi, el 21 de octubre de 2001. www.vatican.net
- JUAN PABLO II, Homilía en Limerick el 1 de noviembre de 1979. www.vatican.net
- LACORDAIRE, Henri, Santo Domingo y su Orden, Edibesa, Madrid 1998.
- LECLERCQ, Jacques, La familia, según el derecho natural, Herder, Barcelona 1961.
- LEON-DUFUOR, Xavier, Vocabulario de teología bíblica, Herder, Barcelona 2009.
- LITURGIA DE LAS HORAS, Documentos preliminares, Regina, Barcelona 1998.

- LOPEZ TRUIJILLO, Alfonso, Familia, vida y nueva evangelización, Verbo Divino, Navarra 2000.
- MAGGIONI, Bruno, en Diccionario Enciclopédico del Cristianismo, San Pablo, Madrid 1997.
- MELINA, Livio y GRYGIEL, Stanislaw, Amar el amor humano, Edicep, Valencia (2008).
- MELINA, Livio, en Identidad, misión, proyecto 2007, del Pontificio Instituto Juan Pablo II, Pontificia Universidad Lateranense, Roma 2007.
- MELINA, Livio, Por una cultura de la familia, el lenguaje del amor, Edicep, Valencia 2009.
- MONGIN, Helene, Santos de lo ordinario, Homolegens, Madrid 2009.
- NATHANSON, Bernard, La mano de Dios, Palabra, Madrid 1997.
- NGUYEN VAN THUAN, Francois-Xavier, Cinco panes y dos peces, Ciudad Nueva, Buenos Aires 2012.
- OTT, Ludwig, Manual de teología dogmática, Herder, Barcelona 1969.
- PABLO VI, Constitución Dogmática Sacrosanctum Concilium. 4 de diciembre de 1963.
- PABLO VI, Carta Encíclica Humanae Viatae, 25 de julio de 1968.
- PABLO VI, Constitución Dogmática Lumen Gentium, 19 de noviembre de 1964.
- PABLO VI, Constitución Pastoral Gaudium et Spes, 7 de diciembre de 1965.
- PABLO VI, Decreto Apostolicam Actuositatem, 18 de noviembre de 1965.
- PABLO VI, Exhortación apostólica Marialis Cultus, 2 de febrero de 1974.
- PALET, Mercedes, La educación de las virtudes en la familia, Scire, Barcelona 2007.
- PEQUEÑA FAMILIA DE BETANIA, Un solo corazón, Ciudad Nueva, Madrid 2006.
- PIÉLAGOS, Fernando, Santa Gema Galgani, Pasionistas, Barcelona 1998.
- PIO XII, Al congreso de la Unión Internacional de Asociaciones familiares, del 20 de septiembre de 1949. www.vatican.net
- PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, Carta de los derechos de la familia, 22 de octubre de 1983.

- PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, La familia: El trabajo y la fiesta, Milán 2012.
- PRATS, José Ignacio, Pedagogía y realidad, Edicep, Valencia 2009.
- QUANTIN, Alice y Henri, Los padres de Santa Teresita, Edibesa, Madrid 2009.
- RAMOS, Alejandro, El misterio de la Iglesia, Ágape, Buenos Aires 2008.
- RATZINGER, Joseph. Creación y pecado, Eunsa, Pamplona 2005a.
- RATZINGER, Joseph. Fe, verdad, tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo, Sígueme, Salamanca 2005b.
- RATZINGER, Joseph. La fraternidad de los cristianos, Sígueme, Salamanca 2005c.
- RATZINGER, Joseph -BENEDICTO XVI, Jesús de Nazaret, Encuentro, Madrid 2011.
- RATZINGER, Joseph -BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, Herder, Barcelona 2010.
- RIESGO, Luis y PABLO DE RIESGO, Carmen, La familia, ideas claras sobre la institución más valorada por los españoles, BAC Popular, Madrid 2006.
- RIVERA, José y IRABURO, José María, Síntesis de espiritualidad católica, Gratis Date, Pamplona 1999.
- ROSSANO, P., RAVAIS G. y GIRLANDA, A., Nuevo Diccionario de Teología Bíblica, San Pablo, Madrid 2002.
- ROYO MARÍN, Antonio, Teología de la Caridad, BAC, Madrid 1963.
- RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, Imagen de Dios, Antropología teológica fundamental, Santander 1988.
- RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, Teología de la creación, Santander 1983.
- SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, La escuela católica, 19 de marzo de 1977.
- SAN AGUSTÍN, La Ciudad de Dios, Apostolado de la prensa, Madrid 1929.
- SAN AGUSTÍN, Obras completas, BAC, Madrid 1988.
- SÁNCHEZ, Evelio, La niña que se entregó, Carmelitas Descalzas, Buenos Aires 2002.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, Comentario al Evangelio de San Juan, Edibesa, Madrid 2007.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, El credo comentado, Gladius, Buenos Aires 2011.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, Suma Contra Gentiles, Purruá, Bueno Aires, 1991.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, Suma Teológica, (V tomos), BAC, Madrid 1993.

TROCHU, Francis, El cura de Ars, Palabra, Madrid 2001.